

Sumario del Número 399

LA ENCÍCLICA <i>Christi nomen</i> EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ	83
BREVE DEL PADRE SANTO Á LOS SEÑORES PRESIDENTES Y DIRECTORES DE LOS CONCEJOS CENTRALES DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ.	84
LA ENCÍCLICA <i>Christi nomen</i> , texto y traducción.	86
COREA. — <i>Carta de M. Villemot</i> . — Peligros corridos por MM. Villemot y Baudonnet durante la guerra Sino-Japonesa. — Peripecias de su fuga á través de los distritos ocupados por los rebeldes. — Dramáticos y conmovedores detalles.	93
VICTORIA NYANZA SEPTENTRIONAL. — <i>Carta del R. P. Achte</i> . — Fundación de una Misión en el Unyoro. — Detalles sobre el pais y los habitantes.	122
NUESTROS DELEGADOS EN MÉXICO. — <i>Carta de Mons. Terrien</i> . — Fecundos resultados de la Misión de Mons. Terrien y del R. P. Devoucoux.	145
CRÓNICA DE LA OBRA.	142
NOTICIAS DE LAS MISIONES.	146
NECROLOGÍA	158
SALIDAS DE MISIONEROS.	159

verso, la Obra de la Propagación de la Fé. Nos apresuramos á publicar este documento magistral. Este llamamiento del Padre Santo, es tanto más urgente, cuanto que pide á nuestra Obra que le ayude ámpliamente en el cumplimiento de sus grandes pensamientos, y como no quiere que las demás Misiones del mundo tengan que sufrir una disminución en los socorros que les dispensamos, conjura á los fieles para que colmen el vacío que las nuevas necesidades de Oriente ván á producir forzosamente en nuestros presupuestos anuales.

La discreción nos había obligado hasta ahora á guardar silencio sobre este hecho considerable que los diarios habían señalado, pero ya el 15 de Noviembre de 1894, Su Eminencia el Cardenal Langenieux, traía en clase de legado de la Santa Sede, à los dos Consejos centrales de Lión y Paris la carta siguiente, muy lisonjera para nuestra Obra, carta en la cual el Pontífice supremo desarrolla sus proyectos y *anuncia la publicación* de la Encíclica.

*A nuestros queridísimos hijos, los Presidentes y Directores
de los Concejos centrales de la Obra de la Propagación
de la Fé de Lión y Paris.*

QUERIDÍSIMOS HIJOS :

Nos habeis dado frecuentemente pruebas de vuestra abnegación por la santa Iglesia y de vuestro amor á Nuestra persona para que aprovechemos con sumo gusto todas las ocasiones de expresar Nuestros sentimientos afectuosos y Nuestra paternal gratitud. Nos es grato hoy, atestiguaros, una vez más, toda nuestra confianza, pues la convicción que tenemos de que nuestro celo, no retrocede ante ningún trabajo, cuando se trata de secundar la acción apostólica de la Santa Sede, para extender sobre la tierra el reinado de Jesucristo, Nos ha inspirado la idea de asociaros á la obra que nos es tan querida, de la regeneración de las cristiandades orientales. Los acontecimientos que conoceis han atraído nuestra solicitud hácia esas venerables Iglesias, tan debi-

litadas hace tiempo por la desdicha y he aquí que, un conjunto de circunstancias providenciales Nos permite levantarlas de las pruebas que padecían para ponerlas en estado de ejercer en medio de las naciones disidentes de Oriente un apostolado útil y fecundo. Semejante empresa exige, como concebís, multiples fundaciones de seminarios indígenas para la formación del clero, iglesias, escuelas, monasterios é instituciones de todo género. Por eso, como el divino viñador del evangelio que en la época de los grandes trabajos, se iba á reclutar obreros para su viña, Nosotros buscamos auxiliares, y Nos congratulamos, queridos Hijos, contándoos entre los mejores. El Eminentísimo cardenal Langénieux, Arzobispo de Reims, que fué Nuestro legado el año pasado en Jerusalén, os dará á conocer en que forma y medida podéis ser llamados á prestarnos vuestro concurso. Pero, Nuestra voluntad es, que la nueva carga que os rogamos asumais, no pejudique de ninguna manera las Misiones católicas de las cuales sois la providencia. Asi es que, os proponemos recomendar solemnemente á los fieles del mundo entero la Obra de la Propagación de la Fé, para permitirle responder á Nuestro deseo, en lo que concierne al Oriente, sin restringer su feliz influencia en el resto del universo. En esta espera, Queridísimos Hijos, y en prenda de las bendiciones divinas, os acordamos afectuosamente en el Señor, á vosotros y á vuestros celosos colaboradores, las bendiciones apostólicas.

Del Vaticano, 15 de Noviembre de 1894.

LEO PP. XIII.





Su Beatitud Mons. YOUSSEF, patriarca griego melchita de Antioquia. 27
(Véase en las *Noticias de Misiones*.)

1895



1895

LA ENCÍCLICA
CHRISTI NOMEN

EN FAVOR DE

La Obra de la Propagación de la Fé

La Prensa, rindiendo homenaje al gran Papa que rige la Iglesia, se ha ocupado de la convocación de los patriarcas orientales en Roma y de las graves decisiones que han sido tomadas, en sus solemnes sesiones. El Padre Santo había preparado ya la realización de sus proyectos enviando á Jerusalem en clase de legado de la Santa Sede, al Eminentísimo Cardenal Langenieux : el tiempo parece llegado, en efecto, de hacer un supremo esfuerzo acerca de las Comunidades orientales, de formar un clero instruido y distinguido en la pátria de los Crisóstomos, con la fundación de seminarios para la educación de los sacerdotes orientales, y rodear de honor á aquellas antiguas y venerables liturgias contemporaneas de los apóstoles y de los hombres apostólicos de los primeros siglos, asegurando en una palabra á aquellas viejas Iglesias su autonomía y su vida propia, bajo la autoridad del Pontífice romano. Con este objeto ha dirigido al mundo católico hace algunas semanas, una Encíclica en la cual traza reglas y límites precisos á los sacerdotes latinos auxiliares del clero oriental.

Hoy, el Papa León XIII, en otra Encíclica, recomienda á todos los patriarcas Arzobispos y Obispos del Uni-

La Encíclica *Christi Nomen*

VENERABILIBUS FRATRIBUS
PATRIARCHIS, PRIMATIBUS,
ARCHIEPISCOPIS, EPISCOPIS
ALIISQUE
LOCORUM ORDINARIIS
PACEM ET COMMUNIONEM
CUM APOSTOLICA
SEDE HABENTIBUS

LEO PP. XIII

*Venerabiles Fratres
Salutem et apostolicam
benedictionem.*

*Christi nomen et regnum
in gentibus quotidie latius
proferre, atque devios dis-
cordesque invitare ad Ecclē-
siae sinum et revocare, hoc
nimirum, quemadmodum
sentit animus sanctum in
primis esse officium muneris
supremi quod gerimus, ita
jamdiu est curis Nostris stu-
diisque, apostolica urgente
caritate, propositum. Hanc
Nos ob causam sacras tueri
ac multiplicare expeditiones,
quarum potissimum ope
christianae sapientiae lu-
men ad errantes diffundi-
tur, ad easque sustendandas
auxilia in catholicis populis
corrogata submittere, nulla
unquam ratione cessavimus.*

A NUESTROS VENERABLES
HERMANOS PATRIARCAS,
PRIMADOS, ARZOBISPOS,
OBISPOS Y OTROS ORDINARIOS
EN PAZ Y COMUNIÓN CON
LA SEDE APOSTÓLICA

LÉON XIII PAPA

*Venerables Hermanos,
Salud y bendición
apostólica.*

Llevar el nombre y ex-
tender cada día más el rei-
nado de Cristo entre las
naciones; llevar ó conducir
al seno de la Iglesia á los
que están separados de
ella, ó se le han vuelto
hostiles; cierto, nadie lo
desconoce, es una de las
obligaciones sagradas en-
tre todas, del cargo sublime
que Nos está confiado é
inspirado por la caridad
apostólica; hemos hecho de
ello, hace mucho tiempo,
el objeto, de Nuestras pre-
ocupaciones y Nuestra soli-
citud. Por eso, no hemos
cesado jamás, de favorecer,
y multiplicar las Santas
Misiones que derraman las
luces de la fé cristiana en-
tre los pueblos errantes por

Fecimus id praesertim, datis anno pontificatus tertio encyclicis litteris Sancta Dei Civitas, eo concilio ut praeclaro Instituto a Propagatione Fidei ampliorem catholicorum quum pietatum liberalitem, conciliaremus. Tunc persequi hortando libuit, quam ipsum modicis initiis ingressum ad quantum amplitudinem brevi tempore provenisset; quibus vel laudum testimoniis vel indulgentiae muneribus Decessores Nostri illustres, Pius VII, Leo XII, Pius VIII, Gregorius XVI, Pius IX, idem ornassent; quam multum ex eo adjumenti sacris per orbem terrarum Missionibus allatum jam esset et quam uberiora forent deinde expectanda. Neque exiguus, Dei beneficio, respondit hortationi fructus; quum sane, Episcoporum navitati et instantiae obsequente largitate fidelium, benemerentissimum opus bisce etiam proximis annis amplificatum videamus.— At nova jam subest graviorque necessitas, quae effusiores in hanc rem spiritus manusque catholicae caritatis desideret, vestramque acuat, Venerabiles Fratres, solertiam.

las tinieblas, y de convocar, para sostener á aquellas con las limosnas recogidas entre los fieles. Lo hemos hecho principalmente, en el tercer año de Nuestro Pontificado en Nuestra Encíclica: *Sancta Dei Civitas* que tenía por objeto aumentar el amor y la generosidad de los católicos por la Obra ilustre de la Propagación de la Fé. Entonces Nos plugo exaltar con nuestras recomendaciones una Obra cuyos humildes comienzos habían sido seguidos de desarrollos tan maravillosos y rápidos, que Nuestros ilustres antecesores, Pio VII, León XII, Pio VIII, Gregorio XVI, Pio IX, habían colmado de elogios y favores espirituales, Obra que había prestado á las Misiones del mundo entero una ayuda eficaz y prometía para lo venidero aún más abundantes socorros. Y gracias á Dios, Nuestras palabras obtuvieron un feliz resultado; las larguezas de los fieles respondieron al llamamiento urgente de los Obispos y Obra tan benemérita, hizo, en estos últimos años, notables progresos. Pero, he aquí que urgentes necesidades reclaman de los católicos un exceso de celo y generosidad, y de vosotros, venerables Hermanos, toda vuestra inteligente actividad.

Nam, quod probe nostis, per apostolicam epistolam Praeclara, junio superiore editam, visum est Nobis Dei providentis servire consiliis, vocando et incitando gentes quae ubique sunt ad fidei christianae unitatem; illud tamquam summum votorum optantibus, ut aliquanto per Nos maturetur promissum divinitus tempus, quo fiet unum ovile et unus Pastor. — Singularibus autem curis interea spectare Nos ad Orientem ejusque Ecclesias, multis nominibus insignes et venerandas; ex ipsis nuperrime intellexistis litteris apostolicis, quas perscripsimus de disciplina Orientalium conservanda et tuenda. Inde etiam satis compertae sunt vobis institutae rationes, quas, collatis diligenter consiliis cum Patriarchis earum gentium, exploravimus, aptius ad exitum profuturas. Neque tamen diffitemur, hanc omnem causam difficultatibus implicari magnis: quibus eluctandis si quidem impar est virtus Nostra, totam nihilominus fiduciae constantiaeque vim, in quo maxime oportet, sitam habemus magno in Deo. Qui enim rei mentem Nobis et initia providus dedit, vires ipse opemque ad per-

Ya lo sabeis; por nuestra letra apostólica *Praeclara*, del mes de Junio último, hemos creído obedecer á la Providencia divina, apelando con instancias á los pueblos del universo entero; á la unidad de la fé cristiana; pués, Nosotros llegaríamos al pleno cumplimiento de Nuestros votos, si nos fuera dado apresurar la llegada del tiempo prometido por Dios, en que *no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor.* ¡Con que amor particular pensamos en el Oriente y en sus Iglesias ilustres y venerables! Nuestras letras apostólicas sobre la necesidad de conservar y defender la disciplina de los Orientales os lo han hecho comprender. También lo habeis comprendido por las disposiciones que hemos adoptado en vista de alcanzar este objeto, después de haberlo pensado con los patriarcas de esas naciones. No Nos disimulamos sin embargo las grandes dificultades de esta empresa ni Nuestra impotencia para triunfar de ellas; ponemos pués una confianza invencible y toda Nuestra esperanza del éxito de Nuestros esfuerzos en Dios. Su sabiduría nos ha inspirado el pensamiento y nos ha hecho dar principio á su ejecución; su benevolencia soberana Nos dará

ficiendum summa cum benignitate certe sufficiet: atque hoc est quod enixis precibus ab ipso implorare contendimus, idemque ut fideles omnes implorent vehementer hortamur. Divinis vero, quae fidenter expetimus, adjuventis quum humana prorsus accedere sit necesse, eis idcirco quaerendis et suppeditandis, quaecumque videantur ad id quo spectamus conducibilia, peculiares quasdam curas aequum est a Nobis impendi.

Namque ut Orientalibus, quotquot discessere, ad unicum Ecclesiam reditus muniat, videtis, Venerabiles Fratres, opus esse in primis parari ex eis ipsis idoneam sacrorum ministrorum copiam, qui doctrina et pietate abundantes, ceteris optatae unitatis concilia suadeant; catholicae insuper sapientiae vitaeque institutionem quam maxime evulgandam esse, atque ita impertiendam, ut proprio nationis ingenio accommodatius conveniat. Quare providendum, ut sacrae educandae juventuti, ubicumque expediat, pateant instructae congruenter domus; ut plura numero praesto sint gymnasia alia alibi pro locorum frequentia; ut sua cujusque

seguramente la fuerza y los medios de acabarla. Nuestras oraciones ardientes no cesan de implorar de El, esta gracia, y exhortamos con afán á los fieles á que junten con la misma intención, sus oraciones á las Nuestras. Pero, al auxilio de arriba, que solicitamos con confianza, hay que agregar los medios humanos, y no debemos descuidar nada, de lo que de Nosotros dependa, para buscar é indicar todas las medidas propias á la obtención del resultado apetecido.

Para conducir á la única Iglesia, á todos los Orientales, cualesquiera que sean los que de ella se hayan separado, ya lo presiento, Venerables Hermanos, nada hay más esencial, primero, como el reclutar un numeroso clero, escogido entre ellos mismos; un clero recomendable por la doctrina y por la piedad y capaz de inspirar á los demás el deseo de unión; luego, multiplicar lo más posible las instituciones en las que la ciencia y la disciplina católicas, sean enseñadas, poniéndolas en armonía con la índole particular de la nación. Por eso, es muy oportuno el abrir por todas partes donde sea ventajoso hacerlo, casas especiales para la educación de la juventud clerical, colegios

ritus cum dignitate exercendi praebeatur facultas; ut optimis edendis scriptis manare ad omnes germana religionis notitia possit. Ista et similia efficere quantae sit impensae futurum, vosmet facile intelligitis; simul intelligitis tam multis rebus et magnis non posse Orientales Ecclesias omnino per se ipsas occurrere, nec posse tamen a Nobis, his rerum angustiis, quam vellemus opem conferri. — Restat ut apta subsidia praecipue opportunaeque ex eo petantur, quod modo laudavimus, Instituto; cuius quidem propositum cum illo plane cohaeret quod ipsi nunc animo destinamus. At simul vero, ne apostolicae Missiones, derivatis partim in alienum usum quibus aluntur praesidiis, quidquam accepturae sint detrimenti, magnopere instandum est, ut eo largius catholicorum in ipsum influat liberalitas. — Similem autem cautionem rectum est adhiberi, quod attinet ad affine et perutile Institutum a Scholis Orientis, alias auctum commendatione Nostra; praesertim quum, moderatoribus ejus aperte pollicitis, paratum similiter sit, de stipe a se cogenda,

en número proporcionado á la importancia de las poblaciones, para que cada rito pueda ejercerse con dignidad y que la difusión de sus mejores libros inicie á todos los fieles en el conocimiento de su religión nacional. La realización de estos proyectos y de otros parecidos, necesitará grandes gastos, como fácilmente comprenderéis también, las Iglesias orientales, no pueden subvenir por sí mismas á tan numerosas y pesadas cargas y no nos es posible, en medio de los tiempos difíciles que atravesamos, el contribuir á ellas Nosotros mismos, en la medida que deseamos. Nos resta el pedir dentro de los límites de la moderación, la mayor parte de estos subsidios necesarios á la Obra, cuyo elogio acabamos de hacer y cuyo objeto concuerda tan bien, con el que tanto anhela nuestro corazón. Solo que para no acarrear ningún perjuicio á las Misiones apostólicas, privándolas de una parte de sus recursos que las hacen vivir, no insistiremos bastante acerca de los fieles, para que sus larguezas hácia esta Obra, se aumenten en proporción de nuestras necesidades. Es justo recomendar también la Obra similar y tan útil de las *Escuelas de Oriente*, cuyos directores se han comprometido igualmente

Nobis, quantum copiosius licuerit, in idem subministrare.

Id est igitur, Venerabiles Fratres, in quo vestra singulariter officia exposcimus : neque dubitamus quin vos, qui Nobiscum religionis et Ecclesiae causam sustinere et provehere modis omnibus assidue studetis, egregiam Nobis sitis operam navaturi. Efficite sedulo ut in fidelibus curae vestrae commissis ipsa a Propagatione Fidei Consociatio, quanta maxima possit, capiat incrementa. Pro certo enim habemus fore, ut multo plures dent ei libenter nomen et largam pro facultate conferant stipem, si per vos plane perspexerint quae sit eiusdem praestantia et quam dives spiritualium bonorum copia, quantaque inde rei christianae emolumenta sint in praesens optimo jure speranda. Id certe homines catholicos debet movere penitus, quum noverint nihil se posse Nobis facere tam gratum, neque sibi Ecclesiaeque tam salutare, quam sic votis obsecundare Nostri, uti tribuere studiose certent unde ea, quae Orientalium bono Ecclesiarum constituimus, re ipsa convenienter feliciterque praeste-

á aplicar al mismo fin la más gran parte posible de las limosnas que recojan.

Por todos estos motivos, Venerables Hermanos, reclamamos especialmente vuestro concurso y no dudamos que vosotros, cuyo zelo y constancia sostiene con Nosotros y trabaja en promover por todos los medios la causa de la religión y de la Iglesia, Nos concedereis un socorro eficaz. Haced pues toda clase de esfuerzos, para que entre los Fieles confiados á vuestros cuidados, la Asociación de la *Propagación de la Fé* tome el mayor desarrollo posible. Estamos seguros, en efecto, que un número mucho más considerable de fieles darán con gusto sus nombres y traerán ofrendas más generosas segun su fortuna, sí, instruidos por vosotros, comprenden claramente cuan noble es esta Obra, cuan abundantes son las riquezas espirituales que prodiga y que ventajas puede esperar la causa cristiana, á justo título, en los tiempos presentes.

Y, ciertamente, los católicos se conmoverán profundamente, cuando sepan que nada puede ser tan agradable á Nosotros mismos y tan útil á la Iglesia, como el rivalizar en zelo para recoger los recursos necesarios, para llevar á

*mus. At Deus, cujus unice
agitur gloria in christiani
nominis amplificatione et in
sancta ejusdem fidei ac re-
giminis conjunctione, Nos-
tris benignissimus adspiret
desideriis, faveat coeptis :
ejus autem lectissimorum
munerum auspicem, vobis
omnibus, Venerabiles Fra-
tres, et Clero populoque
vestro Apostolicam benedic-
tionem amantissime imper-
timus.*

*Datum Romae apud S.
Petrum die 24 decembris
anno 1894, Pontificatus
Nostri decimo septimo.*

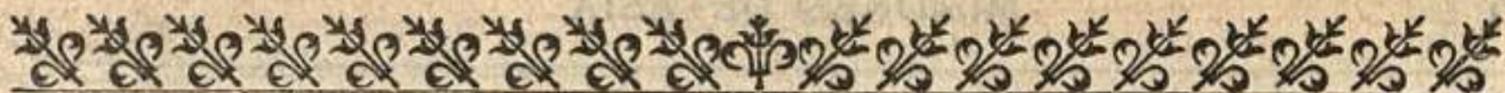
LEO PP. XIII

buen término los proyectos que hemos formado para el bien de las Iglesias orientales. ¡ Qué Dio scuya gloria es la única interesada en la difusión del nombre cristiano y en la unidad de la fé y del gobierno espiritual, se digne en su bondad bendecir vuestros deseos, favorecer nuestra empresa y en prenda de los más preciosos favores celestiales á todos vosotros, venerables Hermanos, á vuestro clero y á vuestro pueblo, os concedemos muy afectuosamente la bendición apostólica. !

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 24 de Diciembre del año 1894 de nuestro Pontificado, el decimoséptimo.

LEON XIII, PAPA.

Jamás nuestra Obra, favorecida y recomendada tan á menudo por los Pontífices, había recibido ante el mundo católico semejante testimonio de alta y soberana benevolencia. Tenemos de ello la seguridad, todo el episcopado que tantas pruebas de simpatía nos ha dado, se hará eco de la palabra del Jefe de la Iglesia y la caridad de los fieles responderá con creces á la voz de los Pastores. Entonce tendremos el honor y la alegría, al secundar los extensos proyectos de Su Santidad León XIII sobre Oriente, de ofrecer, aún á las demás Misiones, recursos todavía más considerables.



Misiones de Asia

VICARIATO APOSTÓLICO DE COREA

Aún que ya hemos dedicado á la Corea una parte de los números anteriores de los *Anales*, la guerra Sino-Japonesa que sigue llamando sobre dicha comarca del Extremo-Oriente, la atención de Europa, nos impone la obligación de dar la preferencia á las comunicaciones que llegan de esta lejana misión. El mapa, página 95, permitirá orientarse leyendo la narración dramática y conmovedora de M. Villemot.

Haremos notar que ly, frecuentemente mencionado en esta carta, es una medida de longitud china, equivalente á 400 metros.

CARTA DE M. PABLO VILLEMOT

DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS,

A Monseñor MUTEL, vicario apostólico.

Primeros peligros. — La huida y el peligro.

Los días sombríos que los dos misioneros del Tjyen-La-To acaban de pasar, los hemos pintado en diferentes circunstancias á Vuestra Señoría, pero ya que desea tener detalles más minuciosos, nos apresuramos á obedecer.

El 28 de Julio, recibí un billete del P. Baudounet, advirtiéndome que Monseñor le había teleografiado la orden de huir ó de subir á Seoul. « El P. Jozeau, decia aquel, acaba de partir, esperando rebasar las líneas

enemigas ántes de que estén cerradas enteramente, Para mi, añadia el Padre, aguardo todavía en Tjyen-tjyou, esperando que si los Japoneses llegan dentro de poco, como corre el rumor podré quizás proteger á nuestros pobres cristianos. »

Como mi distrito aún no había sido atacado seriamente, deseando también tener detalles más ciertos sobre los hechos de los revoltosos, resolví el ir en seguida à Tjyen-tjyou.

Partí el 29 por la mañana. En el camino ví á varias partidas que me dejaron pasar sin decir una palabra. Al llegar á la posada de Pong-san, esperando la comida, estaba en mi cuarto y mi sirviente en el entarimado delante, de la puerta. De repente entró en el patio un hombre, con un manojo de armas en el hombro, lanzas y fusiles, empaquetadas con paja. Al mirar en torno suyo, vió mi caballo ensillado á la europea y se puso á gesticular, saltar y dar fuertes gritos. En sus ademanes había algo de esas danzas salvages que los « comedores de hombres » ejecutan según se dice al rededor de sus víctimas.

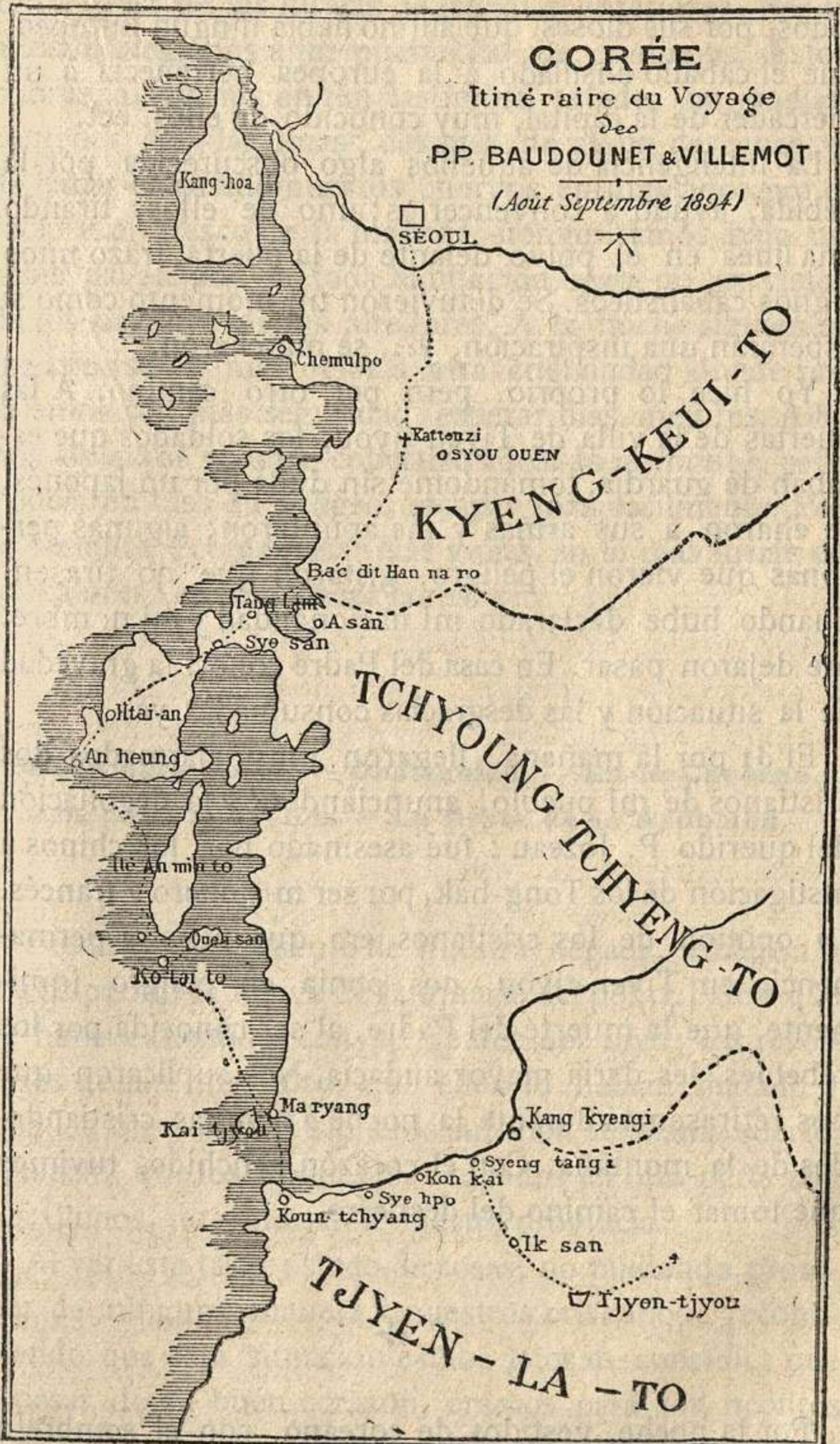
« — Es un « tong-hak, » me dijo mi sirviente, estamos perdidos.

« — Tranquilízate, contestéle, no es más que un loco; si entra aquí, yá sabrenos defendernos ».

Se marchó; juntóse con otros siete individuos, se sentó con ellos al rededor de una jarra de vino y cuando estuvieron satisfechos dijo á sus compañeros.

« — Aquí, en esta posada, hay un Europeo, matémosle en seguida y dirigiéndose á los curiosos gritó: ¡ la Corea para los Coreanos; que ningún extranjero venga aquí! »

Iba adelantándose con sus compañeros, cuando varios hombres del pueblo, temiendo sin duda que mi



muerte les trajera disgustos, los estorbaron, jurando todos, por sus dioses, que allí no había ningún Europeo, que el caballo ensillado á la europea pertenecía á un mercader de la capital, muy conocido de ellos, ect.

La inteligencia de aquellos algo obscurecida por la bebida, ayúdo á convencerlos; uno de ellos, tirando una línea en el polvo delante de la puerta, trazó unos signos cabalísticos. Se detuvieron un momento como si esperaran una inspiración, y... se marcharon.

Yo hice lo propio, pero por otro camino. A las puertas de la villa de Tjyen-tjyou, los soldados que estaban de guardia, tomándome sin duda por un Japonés, se echaron á sus armas y me apuntaron; algunas personas que vieron el peligro, gritaron que no tirasen. Cuando hube declarado mi nacionalidad y mi nombre, me dejaron pasar. En casa del Padre conocí la gravedad de la situación y las desgracias consumadas yá.

El 31 por la mañana, llegaron muy alarmados dos cristianos de mi pueblo, anunciándonos la degollación del querido P. Jozeau : fué asesinado por los chinos á instigación de los Tong-hak, por ser misionero y francés. La opinión de los cristianos era que nuestra permanencia en Tjyen-tjyou, nos ponía en peligro inminente, que la muerte del Padre, al ser conocida por los rebeldes, les daría mayor audacia. Nos suplicaron que nos retirásemos durante la noche á algunas cristiandades de la montaña. Con el corazón henchido, tuvimos que tomar el camino del destierro.



Por la noche, vestidos de coreano, con el sombrero de los trabajadores, salimos de la villa, andando difícil-

mente por sendas mal trazadas y más impracticables aún á causa de las lluvias de los días anteriores. Por la mañana llegamos á un pueblecito de cristianos. Estos pobres, al vernos en tan lastimoso estado, no podían contener sus lágrimas; después de algún descanso, y de haber calentado nuestros cuerpos entumecidos por el rocío y el fresco de la mañana, nos retiramos bajo un cobertizo alejado de toda habitación, para no ser vistos de los paganos de los alrededores. A la noche siguiente, fué preciso ir más lejos á otra cristiandad donde podríamos con más seguridad, esperar días mejores. Allí, nos alojamos en otro cobertizo adosado al monte, para poder, en caso de peligro, escapar más fácilmente. Por lo restante, ¿cómo pasar días y días, en lo más fuerte de los calores, en una choza coreana?

Salida para Séoul. — Obstáculos. — En la Caverna.

Los correos de Job. — La fiesta de la Asunción.

Desde el día siguiente de nuestra llegada, vinieron á participarnos la nueva de la muerte del pobre Padre que se había extendido con la rapidez del rayo; los revoltosos decían muy alto, que ellos lo habían matado y que los otros dos misioneros sufrirían la misma suerte. Añadían, que los Japoneses, ocupados en otra parte con los Chinos, no vendrían á nuestra provincia.

Al ver este triste estado de cosas, no pudiendo proteger de ninguna manera á nuestros cristianos; reconociendo que esta situación estaba lejos de concluir; que á pesar de su buen corazón, éramos para los neófitos una pesada carga y por nosotros, se veían expuestos á

más peligros, resolvimos subir á Seoul. Pero, ¿cómo recorrer sin ser descubiertos, un camino de más de 500 lys, lleno de partidas de rebeldes cada vez más numerosas, que detenían y despojaban á los viajeros? Entonces escribimos á Vuestra Excelencia la situación en que estábamos, no viendo más probabilidades de salvación, sino la llegada de un barco de guerra francés que pudiera recogernos en la costa, á 100 lys aproximadamente, del lugar donde estábamos. El correo partió escondiendo cuidadosamente nuestro billete en su cabellera.

Desde entonces, casi todos los pueblos fueron registrados y los cristianos temiendo nos sucediera algo y deseando ponerse en salvo ellos también, nos condujeron á una caverna y ellos se retiraron por pequeños grupos al monte. Por la noche, además del frío, había que temer á los tigres, muy abundantes en estos países. Pero, la buena Madre velaba por nosotros. Nos traían alimentos dos á tres veces al día; nuestra vida se parecía algo á la de los antiguos ermitaños, aunque las noticias del mundo llegasen hasta nosotros. ¡Ay! no eran otra cosa que correos de Job. El 12, era una partida de *tong-hak* que había entrado de improviso en el pueblo de donde habíamos salido; no encontrando nada en él que les conviniera, se retiraron advirtiéndolo pronto volverían. El 13, supimos que el gobernador de Tjyen-tjyou había despedido á los soldados y entregado así la villa á merced de los rebeldes; también nos anunciaban que estos se ocupaban de nosotros, que se decía que estábamos escondidos en el *tong-myen* — era verdad — y que no podríamos escapar. Al día siguiente, mi casa fué invadida, rotas las puertas y en otra parte habían torturado á un cristiano para que declarase el lugar donde me había retirado.



La víspera de la Asunción, cerca de nuestra peña, matamos una víbora; por la noche, á la luz de la lamparilla vimos otra en la caverna, se deslizó por las ramas que formaban nuestra cama: no pudimos cogerla. Poco tranquilizados volvimos á la población. La humedad de la caverna y los alimentos mal preparados habian debilitado nuestras fuerzas. Tenianos prisa de vigorizarnos un poco, los cristianos también habían vuelto para pasar la fiesta de la Asunción.

A pesar de la alegría que tratamos de hacer reaparecer para animarlos, estuvieron tristes. Estaban pensando en los tiempos pasados. El año anterior, vine á celebrar esta fiesta á la misma cristiandad. ¡ Qué cambio! ¡ Qué numerosos eran los fieles! Celebré la Santa Misa al aire libre, en un pavellón adornado con flores y verdura; todos habían recibido la Santa Eucaristía, algunos el bautismo: el porvenir entonces, aparecía tan hermoso..., y hoy ni si quiera se había ofrecido el Santo sacrificio, y como en tiempos de la persecución, nos ocultábamos para orar. Sin embargo la Santa Virgen no quiso dejar pasar este día sin mostrarnos su protección: fué el regreso del correo, anunciándonos la llegada del barco de guerra.

« Dijo el correo; el barco está no lejos del puerto de Ma-ryang, en la provincia de Tchyong-Tchyeng, pero ¿ cómo podrán los Padres ir hasta allá? está á 20 leguas de aqui; los raros pueblos de cristianos que se encuentran en el camino están desiertos; por todos partes, hay, tong-hak... y hay que atravesar el rio. Hasta la costa

está vigilada. Cuando me han bajado de la chalupa que me ha llevado á tierra (era de noche), caí entre los manos de los guardias que me condujeron ante el mandarín del puerto. Me tomaron por un traidor pagado por los extranjeros. Para salirme del paso, inventé una historia que creyeron más ó menos, y después de dos días de prisión, me han dejado en libertad, advirtiéndome que no volviera, so pena de que me cortaran la cabeza. »

De nuevo en camino hácia el barco de guerra.

Singular cortejo.

A pesar de las dificultades y peligros del viaje, quisimos emprenderlo ; esta vida de proscritos que llevábamos después de quince días, nos debilitaba las fuerzas y no podíamos seguir así. Nos arrojaban una tabla de salvación, y había que cogerla. Uno de los nuestros, se acordó que conocía á algunos barqueros en un pequeño puerto, de acceso bastante fácil ; quizá podría con dinero resolverlos á conducirnos. Es verdad, por dos veces habíamos mandado á unos cristianos para que encontraran una barca, en el caso de no poder llegar al barco deseado sino por la vía del río ; sus investigaciones habían sido infructuosas. Pero esta vez esperábamos más, y quisimos en seguida acercarnos un poco. Por lo restante, en Syeng-Poul, pueblo donde estábamos era difícil de seguir en él, los cristianos repetían con terror la palabra de los Tong-Hak : « los Europeos están en estas montañas del Tong-myen. »

Nos pusimos otro vez en camino. Fuimos á Si-Rang-Kol, aldehuela de tres casas solamente, ocultas en el

fondo de una cañada de difícilísimo acceso. Allí viven unos cristianos tan pobres, que nuestra llegada fué para ellos un grande apuro : había allí tan poco arroz y cebada, que al cabo de dos días, la provisión se había agotado ; felizmente la Providencia vino á nuestro auxilio. El 17, llegó muy contento, un criado de la casa del P. Baudonnet. Era portador de una carta dirigida de Séoul al gobernador de Tjyen-tjyou en la cual con términos severísimos se le daba la órden de hacernos acompañar hasta Chemulpo. « Hemos enviado (decían) un barco á vuestra provincia, el viaje será así seguro y fácil. »

Esta buena noticia fué para nosotros y para nuestros cristianos una grande alegría, nos parecía que nuestros males iban á concluir, y al llegar á Seoul podríamos socorrer á nuestros queridos neófitos. Después de otra noche de viaje, estábamos de nuevo en Tjyen-tjyou.



En seguida, advertimos al gobernador nuestra presencia y nos envió uno de sus consejeros á decirnos de su parte, que el barco estaba en Syeng-tang-i (pequeño puerto del río, á once leguas de Tjyen-Tjyou), que nos hacía acompañar por uno de sus pretorianos. Como le hicimos notar que los rebeldes no se cuidaban mucho de las autoridades gubernamentales, nos contestó que acababa de hablar de nuestro asunto á su jefe (con quien estaba en buenas relaciones), y éste había prometido enviar un *vigilante* con una escolta de gente armada. El 19 por la mañana, estábamos dispuestos á salir, deseando hacer en este día 11 leguas que nos separaban

del río : pero nos retrasamos, porque el gobernador no había preparado sus cartas para Seoul. No salimos más que allá á las diez. La caravana daba lástima. El pretoriano iba tristemente á pié, no había podido hallar una caballería, todos los caballos habían caído á manos de los Tong-Hak; nosotros seguíamos en silla de posta, y detrás iba el *vigilante*, caballero en su borrico, escoltado por dos fusileros, con el fusil al hombro izquierdo, y con un paraguas abierto al hombro derecho. Dos cristianos marchaban á distancia, para ser testigos de lo que sucedía.



De día claro, pudimos ver con nuestros propios ojos, el triste estado de la provincia. A cada instante, cruzábamos partidas de insurrectos; cada pueblo parecía un puesto de soldados. Los coreanos se saludaban con nuevos títulos : no se decían señor, sino oficial, sargento, cabo; hablaban con ostentación de sus proezas de la víspera : torturas, saqueos, etc. Cuando nuestros mozos se paraban para descansar, esa gente se agolpaba en torno nuestro amenazadora y apenas los contenían los que nos acompañaban. En la villa de Ik-San, estaban reunidos al menos doscientos. Allí, más que en otra parte, había peligro inminente, todos gritaban que era preciso que nos cortasen la cabeza. Aunque ya se había puesto el sol, fuimos más lejos, para pasar la noche. Desde la estera donde estábamos acostados al aire libre, por cuatro veces vimos partidas de rebeldes circular por delante de la puerta de la posada.

Al día siguiente, al amanecer, nos pusimos en camino esperando encontrar el barco anunciado por el gober-

nador. ¡Cuál no sería nuestra desilusion al no encontrarlo en el puerto designado! Eramos víctimas de la incuria de este magistrado; le habían escrito de Seoul que el barco se acercaba lo mas cerca posible de Tjyentjyou y sin tomar ningún informe, nos había asegurado que estaba en Syeng-tang-i. Pero, ¿qué barco le habían anunciado? Habiéndole dicho que un barco de guerra francés había llegado á Ma-ryang, nos respondió: « No es este el de que se trata, sinó de un buque especial enviado por el gobierno coreano. »

En busca de nuestro barco. — En barca coreana.

Pruebas y peligro. — Un salvador improvisado.

Al ver que se burlaban de nosotros, queríamos ir directamente á Ma-ryang por tierra, pero ninguno de los nuestros quiso consentir en ello, diciendo que nuestro salvo-conducto no tenia valor sinó en la provincia de Tchyong-Tchyeng, que nos matarian seguramente y se negaban á acompañarnos. Fué preciso, contra nuestro gusto, probar las canoas coreanas. El *vigilante* y sus fusileros, que no tenían orden sinó par ir hasta Syeng-tang-i, se despidieron de nosotros; por favor encargaron á otro. Tong-hak nos acompañase desde la embocadura del rio, al puerto de Koun-tchyang.

La noticia de la llegada de dos Europeos se había propalado en seguida y algunos cristianos, habitantes de estas regiones, habían venido á despedirse de nosotros. Cuando salió la canoa y hubimos perdido de vista el punto de partida, al dar una vuelta, en la ribera, aquel grupo de cristianos estaba allí, llorando,

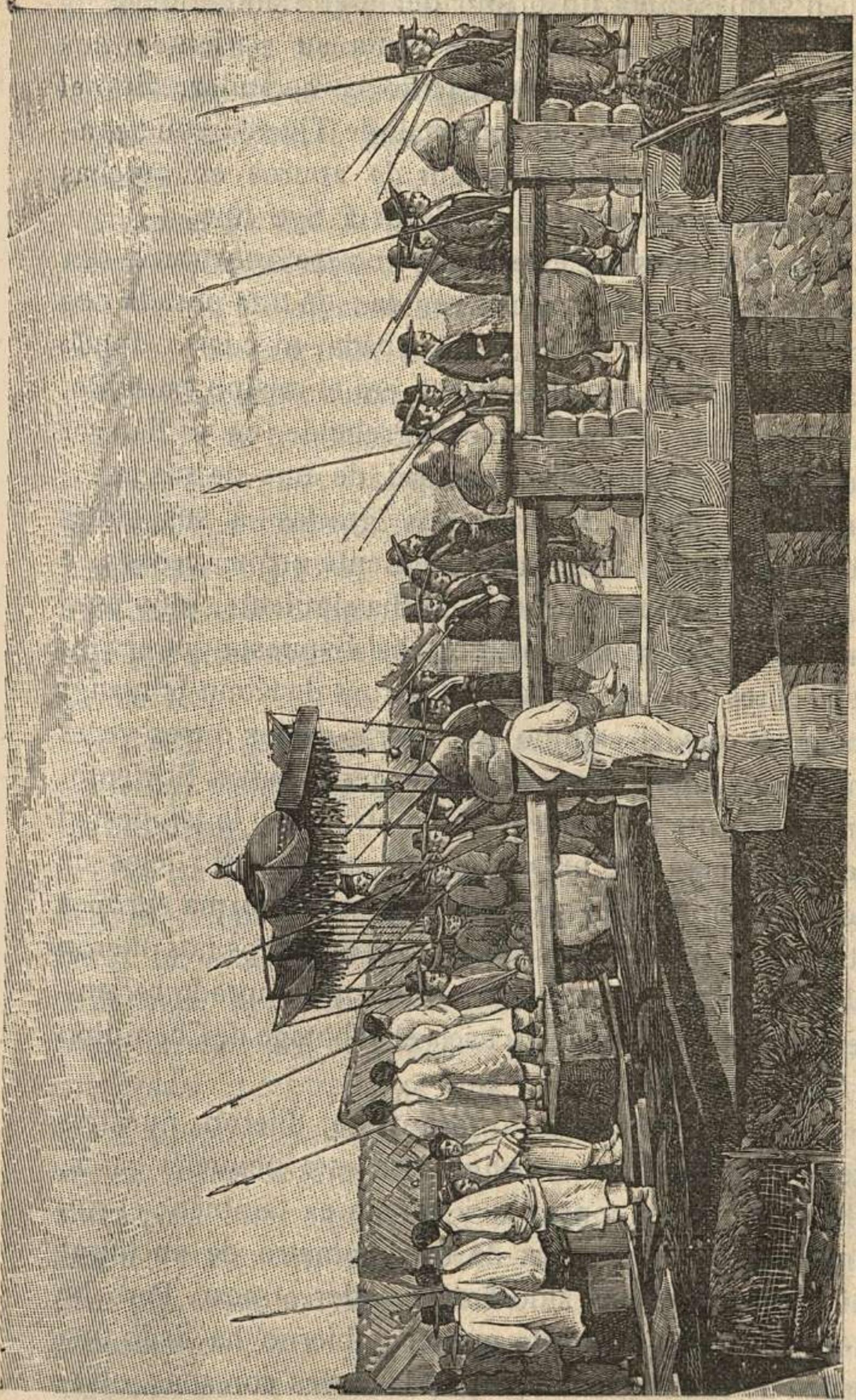
¡ pobres muchachos!, y viendo como nos íbamos. Negros presentimientos invadieron nuestro espíritu. ¡ Qué henchido teníamos el corazón!

Hicimos algunas lys y un violento viento del sur hizo imposible la navegación: la barca hacía agua por todas partes y las olas aumentaban cada vez más, nos vimos obligados á atracar; era la ribera del Tchyong-tchyeng-to. Nuestra gente, muerta de miedo, por encontrarse en esta provincia, no sabía donde esconderse, y se alegraron mucho, cuando vieron que otra barca consentía en llevarnos á la otra orilla del rio; tanto nos traquetearon que todos estuvieron malos. En Kon-Kai, cuando llegamos ya era tarde; no habíamos comido nada desde la mañana, por lo cual nos alegró el poder tragar una cazuelita de arroz frío; como teníamos prisa, no quisimos esperar la preparación de una comida.



Quisimos avanzar por tierra tanto como nos fuera posible; el pretoriano nos hizo coger las sillas, pero después de haber hecho algunas lys, los que nos llevaban, dando no sé que excusa, nos dejaron plantados; tuvimos que hacer de tripas corazón y era ya bien entrada la noche, cuando llegamos pedestremente á Sye-hpo.

Nuestro bravo compañero rebelde, que había recibido la orden de acompañarnos hasta Koun-tchyang, había hallado sin duda el encargo demasiado trabajoso cuando vió que era preciso ir á pié, por eso se zafó valerosamente. Por suerte había entre nosotros un



COREA. — Mandarines y Satélites.

buen sabueso; era un primo del pretoriano, quién, al saber el difícil encargo que tenía su pariente, nos siguió de incognito. Astuto, tanto como audaz, birló el diploma al *vigilante*, al tong-hak de Tjyen-tjyou; gracias á este hurto, pudimos salir de apuros en muchas circunstancias y ante todo al llegar á Sye-hpo.

Los indígenas de este pueblo no se mostraron en nada satisfechos de nuestra venida; de una posada nos mandaban á otra; ni arroz, ni cebada, ni cuarto donde pasar la noche, en todas partes era el mismo estribillo. Aquella gente, todos del partido rebelde, no podían ser dominados sinó por la autoridad de uno de sus Jefes; nuestro *vigilante* de ocasión y gracias á sus dotes elcuentes, pudo conseguir fácilmente arroz, cebada, y hasta una gallina. Aún más, al día siguiente, muy temprano, una pequeña canoa estaba dispuesta por el rio, estabamos no más que á 3 ó 4 leguas de Koun-tchyang, mientras que el camino por tierra, es dos ó tres veces más largo, fué preciso volver á coger la barca. El viento, primeramente favorable, cambió otra vez y la tempestad de la víspera se hizo presentir pronto. No lejos de nosotros, un bonito velero en estación de forma europea atrajo nuestras miradas. Nuestros barqueros nos dijeron que en efecto era un barco europeo, comprado recientemente por un coreano y hacía el cabotage de Chemulpo á Syen-tang-i.

« La tempestad vá á levantarse, dijeron nuestras gentes, seguiremos en peligro con esta pequeña barca, el viento nos es contrario y la marea también; el rio, en este lugar, tiene más de un kilómetro de anchura; ni siquiera hay un sitio donde poder atracar. Pero he aquí una suerte; puesto que el gobierno ha dado una orden de subir á Seoul, Según las leyes coreanas, obligaremos á este barco de vela á que nos conduzca á Ma-

ryang, y en caso necesario, hasta Chemulpo. »

Sin muchas esperanzas con tan buenas promesas, las circunstancias nos obligaron, à ir à aquel buque. La tripulación echó la escalera y nos recibieron cortesmente.

Después de saludarnos, el pretoriano preguntó :

« — ¿Dónde está el patrón del barco?

« — En Seoul, contestaron.

« — ¿Y el capitán, y el piloto?

« — En la provincia de Kyeng-syang.

« — ¿Y la tripulación?

« — No somos más que tres aquí, los otros se han marchado, no sabemos donde.

Con tales mentiras, nuestro hombre empezó à gritar y à encolerizarse. Entonces, por miedo, confesaron que el piloto y los marineros estaban en un pueblo à algunas lys de allí.

« Bueno, contestó el otro, cuando habrá amainado el viento, habrá que ir à buscarlos; entretanto, preparadnos arroz. »

Eran las diez poco más à menos y aún estábamos en ayunas. ¡ Dios mío, que comida que nos sirvió el cocinero! un mal arroz hervido en agua corrompida, y... nada más. A bordo, no había otra cosa. A pesar de tener un hambre canina, no pudimos tragar ni una cucharada...; entretanto, una verdadera tromba cayó sobre nuestras cabezas; esto hizo amainar algo el viento, y dos marineros con el pretoriano, bajaron à tierra para hacer algunas provisiones y traer à la tripulación. Pronto empezó à llover. Agazapados en el camarote, por todas partes penetraba la lluvia, y nosotros pensábamos en lo pasado y no dejábamos de estar inquietos por lo venidero; ese hermoso velero no me inspiraba nada bueno; de repente, bajo un paquete

hallé un manuscrito; era una: « Exposición de la doctrina de los Tong-hak. »

« — ¡Vamos! dije al P. Baudonnet, hemos caído en buena ratonera; no había duda, la tripulación pertenecía al partido rebelde. Si quieren matarnos, buena es la ocasión, aunque no fuera más que dejarnos morir de hambre..., no hay sino algunos puñados de arroz y ya sebeis que gusto tiene... »



Volvió la calma y estábamos paseando sobre cubierta, echando de cuando en cuando algún trago de agua corrompida para tratar de engañar el hambre... La noche había llegado pero la chalupa nó. Por fin á través de la bruma vimos una barca..., ya ataca. El pretoriano sale de ella y encolerizado exclama :

« — Estos bribones son todos *tong-hak*, no solo se niegan á venir, sinó que han tratado varias veces de matarme. Un viejo de ese partido ha querido formar un tribunal; yó me he defendido como he podido, jurándoles por todos los demonios que yo también era *tong-hak*, y en prueba de ello les mostré el diploma de *vigilante* que felizmente llevaba en el bolsillo. Al verlo, se amansaron un poco y consintieron en perdonarme la vida, pero no querían que me volviera al barco. Logré escaparme de allí y me fuí hácia el pueblo vecino y á fuerza de súplicas me han aceptado en esta barca, que se dirige á la orilla opuesta del río. »



Después de oír este relato, quisimos salir en seguida

con nuestra pequeña canoa de la mañana, que felizmente no se había marchado, pero fué imposible decidir á los barqueros, quienes pretextaban mil razones para no obedecer. Sin duda tenían el plan de huir solos, á favor de las tinieblas. La tempestad que se desencadenò con nueva rabia, fué nuestra salvaguardia : ni los barqueros pudieron salir, ni los tong-hak llegar. La tempestad no cesó hasta el día siguiente cerca de las nueve. El hambre que agujoneaba á todos, hasta á la mala gente, nos hizo ganar la orilla. Gracias á Dios, las olas estaban menos encrespadas y con ayuda de la marea atracamos sin novedad cerca de un pueblecito de pescadores. Por tierra no estábamos á más de 40 lys (16 kilómetros) de Koun-tchyang. Cansados de canoas quisimos hacer este trayecto á pié. Es en esta ocasión sobre todo, que el primo del pretoriano hizo el gasto. En tres ó cuatro aldeas que atravesamos, obtuvo un mozo para nuestro pequeño equipage, pero, ya no era al *jefe del pueblo* que nos dirigíamos, era al *brigada*. Por fin, llegamos á Koun-tchyang.

Una multitud de hombres, chiquillos y mujeres, nos seguían y engrosaba á cada esquina. Las puertas de las posadas se cerraban delante de nosotros. Al ver eso, entramos en el primer patio que hallamos. El dueño de la casa, algo extrañado de nuestra frescura, no se atrevió á decir nada; por lo restante, le aseguramos que íbamos á seguir nuestro camino dentro de algunos instantes. La muchedumbre invadió en un momento nuestra morada. Hombres, mujeres, todos llevaban con ostentación un collar ó un brazalete por el estilo de los bonzos; nosotros éramos para ellos unas bestias estrañas, y sus reflexiones cómicas, á veces ofensivas, nos hacían sonreír. En otro tiempo cualquiera, algunas palabras severas habrían disipado pronto á todos

esos importunos, pero aquella no era la ocasión y nuestras gentes procuraban mejor esconderse que protegernos. Al saber que éramos franceses y que un barco de guerra había venido á nuestro encuentro, empezaron á temer y se esquivaron poco á poco.



Entretanto, el pretoriano había ido en busca del pequeño mandarin del lugar : el pobre hombre confesó francamente su impotencia para ayudarnos. Felizmente, nuestro pseudo tong-hak encontró á un jefe de estos bribones. Su elocuencia fué tan persuasiva esta vez, que nos prometió una canoa para aquella misma noche, que nos llevaría á Ma-ryang. Queriendo aprovechar aquella buena ocasión, compramos en seguida arroz y pescado seco para cenar y nos instalamos en la barca. Era el miércoles día 22 de Agosto á las 6 de la tarde. Hacía pués cuatro días que habíamos salido de Tjyentjyou y no estábamos alejados de allí más que de 11 leguas.

Salvados. — Nuevas desventuras.

Ya olvidábamos los padecimientos pasados pensando que estábamos á punto de llegar : 40 lys solamente nos separaban de Ma-ryang; allí debía esperarnos el barco francés, ya que según nuestro correo, había prometido permanecer quince ó veinte días; luego, estábamos no más que al día décimosegundo. Nuestra canoa era

nueva, los barqueros buenos muchachos y con el corazón alegre levamos al ancla. El sol había desaparecido; la mar estaba lisa como un espejo y dejaba resbalar suavemente nuestra barca. De esta manera nos habíamos alejado algunas millas, cuando de pronto, un ruido seco, una especie de crugido salió de la bodega; habíamos tocado en unos escollos. Entonces, el piloto y sus compañeros nos confesaron sencillamente que no conocían la costa, que si ántes habían ido á Ma-ryang, fué desde otro punto. Por suerte, la canoa era algo sólida y sobre todo, que no había casi viento, de lo contrario, esta vez hubieramos hecho un naufragio en regla.

Este incidente turbó el ánimo de nuestra gente, fué preciso echar el ancla y esperar el nuevo día para seguir la ruta. Tuvimos que hacer otra vez de tripas corazón y entonces tuvimos como un presentimiento de otras desventuras. Por colchón la estera de sobre cubierta; por almohada una cazuela boca á bajo; por manta una esterilla; así pasamos la noche primera, en plena mar. A la mañana siguiente, siendo algo favorable el viento, desplegaron las dos grandes velas de paja y sin muchos trabajos nos avanzamos de nuevo.

Habíamos pasado ya de la isla Kai-tjyou y empezábamos á ver á Ma-ryang. Todos los ojos reunidos buscaban el barco deseado. Creíamos verlo por todas partes. Más, ¡ ay! luego veíamos que lo que habíamos tomado por el barco era una roca, ó una canoa, ó un efecto de óptica.



A eso de las diez, entramos en el puerto de Ma-ryang;

como la marea estaba baja, llamanos á las gentes del pueblo, para que viniesen á nosotros con una barquilla, pero aquellos, al ver la luenga barba del P. Baudonnet y nuestro traje negro, se escapaban á prisa hácia el monte..., hombres, mujeres, niños, todos huían. Por más que grítamos que no eramos japoneses, ni chinos, ni piratas, ni ladrones, no quisieron saber nada y apretaban á correr. Como el agua no era profunda, uno de los nuestros bajó y engancho una pequeña barca; entonces el « pretoriano » de gran uniforme, con dos ó tres barqueros desembarcaron : al verlo, los más valientes de los indígenas que no se habían escondido, vinieron á su encuentro. Nos participaron que en efecto, el barco de guerra habia fondeado cerca de la costa, que habia permanecido nueve días, pero que se habia marchado hácia tres días. ¡Vaya una desilusión! Y, sin dinero, sin alimentos; no podíamos creer semejante aventura. Creyendo que durante el día el comandante exploraría los alrededores, pero que por la noche volvería á fondear, resolvimos esperar. Fuimos á ver al pequeño mandarin del lugar, y le expusimos nuestra situación.

« — Ir á Seoul por tierra es imposible para vosotros, nos dijo, á causa de los rebeldes; en cuanto al viaje por mar, no es mucho más practicable : además del mal tiempo que amenaza, aquí no hay barcos para llevaros; quizás vuestro barco volverá. Para mayor seguridad, un correo puede ir hasta Chemulpo... »

Uno de los nuestros marchó, prometiendo llegar al cuarto día. Nosotros pasamos el día en observación en una montaña; por la noche velaron algunos vigías y nada apareció. Tomamos el partido de esperar los cuatro ó cinco días.

Por la noche, á causa de los insectos y del calor del

cuarto, dormimos fuera sobre un entarimado, pero como era muy estrecho, para obtenerlo más ancho y aprovechar así nuestra única manta, nos tendíamos con la cabeza de unos á los piés de otros. Durante el día, estábamos continuamente en la montaña.

Desventuras. — De barca en barca. — De tempestad en tempestad. — Mala acogida.

El viernes, los Tong-hak invadieron el pueblo, advertidos del peligro, ocultos entre altas yerbas, aguardamos los acontecimientos; contentáronse con capturar á algunas personas sin decir porqué y se volvieron. Entonces conocieron nuestra presencia y desde el día siguiente varios centenares se hallaban reunidos á menos de una legua de nuestro escondite. El mandarin poco sosegado por nuestra causa, mandó á varios de sus hombres para que se mezclasen entre aquellos, sin darse á conocer, de este modo pudieron saber sus intenciones.

« Hay en Ma-ryang (decían) dos europeos que aguardan según parece un barco para volver á su país : con ellos ván unos coreanos que seguramente practican su religión; más tarde vendrán con soldados y esos cristianos, les servirán de guía; todo nuestro país se verá trastornado : matar á los europeos, es quizás peligroso, eso podría suscitar nos complicaciones, pero al menos podemos matar á los que los acompañan, son coreanos y nadie tendrá nada que decir. »

Al saber esto nuestra gente, se morían de miedo y cundió el pánico; por más que les dijimos, nada sacamos.

Los pretorianos, con su jefe á la cabeza, se pusieron por su parte, á suplicarnos que nos salváramos la vida nosotros mismos y la de nuestra gente, para evitar así un disgusto al pueblo,

« — ¿Porqué os quedáis aquí? nos decían. ¿esperar el barco francés? ya veis que se ha marchado definitivamente, puesto que no parece ni de día ni de noche; si vuestro correo ha podido llegar á Chemulpo, no podrá volver hasta unos dos ó tres días. Id al puerto de Ouen-san; una de nuestras canoas de vuelta de un viage podrá llevaros allá, cuando vendrá vuestro barco, le advertiremos el lugar donde estais. »

Contra nuestra voluntad tuvimos que salir de Ma-ryang. La canoa estaba dispuesta. El mandarín partió con nosotros el poco arroz que le quedaba (los rebeldes se lo habían robado todo.) Sin dinero para pagar al posadero, dejamos nuestra manta en prenda. Ibamos á instalarnos en nuestra canoa, cuando señalaron un barco de vela japonés, que según parece se dirigía á Chemulpo.

« — Es mucho más cómodo y veloz que esta canoa nos dijo el jefe de los pretorianos; en pocas horas estaríais en Ouen-San. »

Creyendo que era de los coreanos, mandamos que viniera si era posible. Fueron á él, y el barco vino á la orilla; Cuál no fué nuestro asombro al ver dos japoneses por toda tripulación. Un fuerte olor de pescados salados, secos, ahumados, salía de su barco. Les hicimos comprender que queríamos ir en seguida á Ouen-san; consintieron en ello en seguida sin dificultad. Nos alejamos pues de Ma-ryang, pero, en lugar de tomar el camino de Ouen-san; se fueron por la dirección opuesta.

« — Pero, dónde vais? les dijimos.

« — A Kang-Kyeng-i (Kan-Kyeng-i es un pueblo á

la orilla del río, á 30 lys poco más ó menos más arriba de Syeng-tang-i.)

« — ¡ A Kang-Kyeng-í ! pero nosotros no queremos ir allí, vosotros nos habeis prometido hace un momento conducirnos á Ouen-san, hay que ir en seguida.

« — No, cuando hayamos vendido todos estos pescados, iremos allí. »

Una canoa coreana que pasó cerca de nosotros, nos sacó de apuros ; eran pescadores de Ouen-san, que regresaban á sus casas y consintieron en llevarnos á su bordo.



Los nuevos barqueros eran también Tong-hak. Para amansarlos, matamos una gallina (regalo del pequeño mandarín de Ma-ryang), y nos la comimos como buenos amigos. Un buen Tong-hak, dicen, no debe comer nunca gallina, pero estos no eran demasiado escrupulosos. Sentados al rededor de la cazuela con un tazón de arroz en la mano, cada uno tiraba hácia sí un trozo de gallina sin más instrumentos que sus dedos.

Entretanto, la canoa avanzaba lentamente. De Ma-ryang á Ouen-san, hay 7 ú 8 leguas, pero el viento era tan débil, que después de quince horas, aún no habíamos llegado. Por más que los barqueros tocaban su tambor y despleaban su gran pabellón, el dios de los vientos no hacía caso de todos aquellos honores. La noche nos sorprendió entre un dédalo de islotes y tuvimos que pararnos por miedo á los escollos. Todos aquellos islotes estaban habitados y en la calma de la

noche, de cada pueblo se levantaba un gran rumor; era la oración de la tarde de los Tong-hak.



Por la mañana, atracamos en la isla de Ko-tai-tó, que según los barqueros, era el lugar más favorable para ver nuestro barco y hacerle señas. Los habitantes de esta isla nos recibieron con muy pocas atenciones; para pagar nuestra comida, nos vimos obligados á dar el resto de nuestro arroz y se negaron categóricamente á darnos la menor cosa.

« — Id á casa del mandarin, digeron él os alimentará si quiere. »

Luego dicho mandarin estaba en otra isla; una barquilla nos condujo allá. La marea estaba baja; no queriendo dar una vuelta para ir al puerto, el barquero nos dejó sencillamente al pié de una roca. Si habíamos sido mal recibidos por el pueblo en otras partes, allí, en Ouen-san, lo fuimos aún más, si es posible. Hacíamos, es verdad triste figura, sin vestidos que cambiar. Los que llevabamos después de tal campaña estaban en lastimoso estado.

El pequeño mandarin del lugar nos hizo buena acogida, mejor que sus administrados; nos prestó diez ligaduras y nos prometió hacer vigilar continuamente para darnos aviso, si un buque se presentaba á la vista. El puesto de observación estaba colocado magníficamente; al sur se descubria enteramente Ma-ryang, y al Norte la ruta de barcos de vuelta de Chemulpo en una extensión sin límites. Con dinero hubieramos

podido proporcionarnos víveres, pero eramos muy pobres y tuvimos que comer el arroz mezclado con cebada.

Pasamos tranquilos ò mejor calenturientos el día del lúnes y del mártes, siempre sentados en el puesto de observación... y nada apareció. El miércoles, la misma desilusión. Era el séptimo día, después de la salida de nuestro correo. Entonces, perdida toda esperanza, enfermos de consunción y fastidio, persuadidos de que nuestro correo habia sido detenido por los rebeldes ó que el barco no podía venir, decidimos partir como se pudiera. Acababa de llegar una canoa; el mandarin nos la obtuvo para hacernos conducir hasta Chemulpo. El viento era favorable. Después de hacer algunas provisiones nos metimos en una nueva desventura, no se hizo esperar. Fuera del puerto, con las velas chinchadas, andabamos rápidamente cuando sentimos un violento sobresalto; nuestro timón habia encontrado una roca submarina, el choque habia dislocado la pobre máquina y por poco hace tomar un baño al piloto. Tuvimos que pararnos pona componer las averías. Para los coreanos, esto es objeto de grandes discusiones, pués cada uno dá su opinion; por fin, clavando acá y acullá algunas maderas, se recompuso como se pudo la averia.



Al dia siguiente, al amanecer, apareció un buque de guerra japonés á algunas lys de nosotros. Les hicimos señales de peligro y encendimos uno de los cohetes que el comandante del barco de guerra francés habia

dado á nuestro correo y el buque siguiò su camino. Nosotros hicimos también lo mismo como pudimos. Pronto, el viento nos fué enteramente contrario y un aguacero empezó á caer sobre nuestras cabezas. Metidos en un rincón con una hoja de papel aceitoso en la espalda á guisa de impermeable, esperabamos estoicamente el fin de todos estos infortunios ; una canoa coreana recibe tanta agua en el puente como en la bodega. Por más que tocaron el tambor, ofrecieron arroz á todos sus demonios y desplegaron sus más hermosas banderas nuestros barqueros, la lluvia seguía sin cesar.

La noche siguiente, habiendo cambiado el viento, nos embarcamos de nuevo, andamos por algún tiempo, pero la tempestad volvió á empezar por la mañana. Nuestro pequeño esquife danzaba como una cáscara de nuez sobre un agua en ebullición : nuestra gente se ocultaba el rostro con terror para no verse morir, como ellos decían ; los barqueros y nosotros también, estábamos intranquilos. El día y la noche fueron terribles. Para probar fortuna, los barqueros hizaron velas y levaron el ancla. Un torbellino nos levantò en un santiamén y... como por milagro, nos vimos fuera de peligro. Entonces se pudo dirigir la maniobra y después de luchar mucho, acabamos por atracar ; estábamos en el puerto de Anheung.



Nuestras provisiones tocaban otra vez á su término, habia que echar mano de otros medios más expeditos

y menos peligrosos para llegar á Seoul. Uos barcos de guerra japoneses estaban de estación no lejos del puerto ; si pudiesemos mandar una carta al comandante (pensabamos) sin duda alguna nos admitiría á su bordo y nos proporcionaría los medios de llegar á Chemulpo. En esta creencia, fuimos á ver al mandarin del lugar. Era un viejo pequeño y enclenque. Nos recibió sentado en medio de un montón de jarros que servían para toda clase de necesidades de su pobre cuerpo. Nos acogió cortesmente ; prometió todo lo que queriamos y... no hizo nada. Primero nos prometió mandar él mismo una carta, pero vino la noche, y la mar gruesa hizo aplazarlo hasta el día siguiente.

Ai día siguiente, nadie quiso ir á los barcos japoneses, jurando que, si uno se aproximase á semejante máquina, sería muerto infaliblemente.. Entonces fué preciso tomar otro partido. Resolvimos cueste lo que cueste, proseguir nuestro viaje por tierra. El mandarin aprobò nuestra resolución y nos hizo acompañar por uno de sus satélites : era el domingo día dos de Septiembre, hacía pues quince dias que habiamos salido de Tjyen-Tjyou. Quedaban por hacer 380 lys !

+

° Era casi de noche, cuando llegamos á Htai-an ; sin embargo, fuimos muy notados. La muchedumbre se amotinó en el patio de la casa donde estabamos, vociferando amenazas de muerte ; creían que eramos quizá japoneses. Al saber que eramos franceses, sus conocimientos geográficos se les enredaron ; se imaginaron

que Francia era un reino adyacente de la China y dependiente del Celeste Imperio. No viendo ya en nosotros enemigos, se calmaron é insensiblemente evacuaron aquel sitio. Entonces pudimos ir á ver al mandarin que nos hizo muy hermosas promesas: no solo, nos prestaria dinero para el viaje, sino que se comprometia á encontrarnos cabalgaduras; nos acostamos sin gran fé en todo esto. En efecto, al día siguiente todo habia cambiado. El dinero con que habia contado, no podia hallarlo; su tesorero se habia escapado, y los caballos estaban todos en poder de los Tong-hak. Indignados por semejante mala fé, le enviamos nuestro pasaporte haciéndole saber lo siguiente:

« No sabemos si reconocéis todavía los tratados; en todo caso, guardad este salvo-conducto que tenemos de vuestro rey; perezamos ó nó en viaje; en su tiempo, esto será un cargo contra vos. »

Este lenguaje le hizo reflexionar y en seguida nos envió 20 ligaduras y nos hizo acompañar hasta Sye-san, villa vecina.



A partir de este día, nuestros males habian acabado. A pesar de la fatiga, el camino se hizo alegremente, evitando pasar por los sitios populosos, dormiamos en pequeñas posadas. Los Tong-hak en pequeño número nos dejaron pasar tranquilamente. En fin el seis de Septiembre por la noche, llegamos á Seoul. Hacía pues cuarenta días que yo habia salido de mi residencia, empezando un viaje que generalmente se efectua en seis días.



Mons. HANLON, vicario apostólico del Alto-Nilo.

(Véase las *Noticias de las Misiones.*)



Misiones de Africa

VICARIATO APOSTÓLICO DEL NYANZA SEPTENTRIONAL
(Uganda central y occidental.)

El número extraordinario de conversiones, que, en estos últimos años, se han producido entre los negros de la región del Nyanza ha determinado á la Propaganda, á multiplicar los vicariatos apostólicos en este país. Tres nuevos vicariatos han sido erigidos : Nyanza meridional, Nyanza septentrional, y Alto-Nilo. Los dos primeros están confiados á los Padres Blancos de Argel; el tercero, á los misioneros ingleses de Mill-Hill. La mayor parte de los centros de misiones fundadas por los misioneros del cardenal Lavignerie, pertenecen al vicariato del Nyanza septentrional y es ahí, como vá á decánslo la carta siguiente, que la fé hace los progresos más consoladores.

CARTA DEL R. P. ACHE

A Monseñor LIVINHAC, superior general de los Padres Blancos.

FUNDACIÓN DE UNA MISIÓN EN EL UNYORO

Sra de la Guardia (Bucumi-Unyoro, 15 de Julio de 1894.)

Monseñor Hirth os ha participado que habiamos podido penetrar en fin en el gran reino del Unyoro y crear en él un primer centro de Misión. Tambien os ha dicho que me había escogido para esta nueva fundación.

Sin duda me alegré al pensar que iria á plantar la cruz

en un país donde ningun misionero catlico había penetrado todavía. Tengo que confesarlo, no es sin tener el corazón embargado que me separé de mis compañeros y de los millares de néofitos de la estación de Ntra-Sra de las Victorias. Pero, la divisa del misionero es :

¡ Adelante, por Dios y por las almas !

Este pensamiento me ha reconfortado y he salido para esos nuevos países para conquistarlos á Jesucristo.

Partida y Viage. — Cazador y Cazadora.

Católicos y Protestantes. — Dios dueño de los corazones. — El pacto de la sangre.

Después de Pascua, me dirigí hacia Villa María, donde tenía que encontrar al Padre Houssin designado para fundar conmigo la nueva Misión. Allí, este querido compañero lo había preparado todo para un viage de tres meses, lo cual no había pedido un gran trabajo, pues no podíamos llevar más que lo estrictamente necesario. Carecíamos de muchas cosas, que en otras partes pasan por indispensables. Pero, la pobreza tiene sus ventajas y cuanto más desprovisto se está de lo terreno, más puede contarse con Dios.

Después de cinco días de descanso en la estación floreciente de Villa María, nos pusimos en camino y en dos etapas llegamos á Kotonga. Atravesamos este rio en las espaldas de los negros con agua hasta el cuello, lo cual nos valió el placer de medio baño, Luego entramos en países inhabitados donde pasamos la noche á la luna. En la selva encontramos á uno de nuestros cristianos, Tobias-Seboa, el ciego, que estaba cazando

con su gente. Es un ciego que lleva escopeta y caza antílopes y leones. Es cosa rara.

Con su gente iba una mujer, también llevaba con orgullo su escopeta, como su dueño. Le hice contar sus últimas hazañas ; acababa de matar un león y tres antílopes y ella me aseguró que no erraba nunca el golpe. Lo que es mejor aún, sabe rezar y conoce muy bien el catecismo.



Se llega al Bivekula pequeño distrito de la provincia de Singo. Este distrito ha sido cedido á los católicos después que la investigación sobre la persecución de 1892, hubo inspirado á los residentes ingleses Macdonald y Portal el pensamiento de resarcir á nuestros pobres cristianos al menos en cierta medida. Allí supimos que los oficiales ingleses de Kampala han ordenado otra vez un levantamiento en masa de Bagandas católicos y protestantes, para lanzarlos sobre el Unyoro. Habilísimos, esta vez, habían distribuido á los soldados todas las provincias vecinas de la frontera, en el reino que se había de conquistar. Como siempre, los Bagandas protestantes tuvieron la parte del león. Los católicos reclamaron, pero no hubo más que resignarse otra vez. Las pruebas terribles que pasan hace varios años, han fortificado su fé y no tienen mucha confianza en los hombres, y se fían mucho más en Dios. Los católicos no tuvieron más que el país de Kikukulé, que confina con Bwekula

Pero, no basta con repartir países sobre el papel ; países ocupados por una población numerosa y guerrera. Por eso Kikukulé decía con orgullo : « Si los

Bagandas quieren mi país, que vengan por él ; saben que tengo buenos fusiles y cavernas inexpugnables. »

Los católicos fueron abandonados á sus propios recursos, mientras los protestantes tenían con ellos á dos ingleses, el capitán Gibb y el sargento Grant.



El camino del Unyoro, nos parecía estar cerrado por el momento, pero, este momento era decisivo para la causa de nuestra santa Religión. Resolvimos forzar al Cielo con nuestras pobres oraciones y tratar de hacernos aceptar de todos modos en el país ántes de que llegara el ejército. Mandé pues un correo á Kikukulé, para ofrecerle nuestra amistad y declararle que como misionero del verdadero Dios, no éramos más que ministros de paz y conciliación, y por consiguiente, no éramos causa de la guerra que se preparaba.

Dios, que es el dueño de los corazones, dispuso favorablemente el de Kikukulé en nuestro favor. El correo fué bien recibido y se sucedieron varios mensajeros con palabras recíprocas cada vez más amistosas. Por fin aceptaron una entrevista con la condición que yo no llevase más que tres hombres. Tuvo lugar de noche en los confines de ambos países en la cumbre de una peña inmensa. Esta peña se hallaba rodeada por Banyoros que alimentaban grandes fogatas cuya luz brillante permitía á los oficiales del jefe, la observación de nuestros menores movimientos. A la vista de este aparato, me pregunté un instante si no habría forzado la confianza hasta la temeridad y si no irían á precipitarse á mí y á matarme. Encomendéme interiormente á Dios y al ángel de mi guardia y fui á sentarme en frente del jefe

que me esperaba. Empezó el coloquio, primero frío y embarazoso, luego cambiamos palabras amables, y por fin de buenas á buenas, de refrán en refrán, llegamos á proponernos el pacto de sangre, que fué aceptado por ambas partes. Trajeron un cuchillón, y cada uno de los contrayentes se hizo un corte debajo del pecho. Mi sangre tiñó un grano de café que Kikukulé se tragó: otro grano de café se tiñó de la sangre del viejo salvaje y no sin gran repugnancia, me lo tragué yó.

No había más; éramos hermanos para toda la vida y las maldiciones más terribles resonaron á nuestros oídos, dirigidas al que violare el pacto sagrado de la fraternidad de la sangre.

Las condiciones, prealables de este pacto eran las siguientes: 1.^a Kikukulé nos acogería favorablemente en su tierra y dejaría rezar á los que lo desearan. 2.^a Haríamos todo lo posible para que su país no fuera entregado al saques. — Entonces le invité á que hiciera su sumisión á los oficiales ingleses.

Dios había dirigido una mirada de misericordia al Unyoro; este país iba á ver brillar por fin, la luz del Evangelio.

Entrada en el Unyoro. — Una conquista pacífica.

Nuestra Señora de la Guardia.

Primeros catécumenos, — La oración en común

Me apresuré á volver al Bwekula y á llamar al P. Houssin para tratar de penetrar en el distrito de Kikukulé, ántes de la llegada del ejército católico. El 8 de Mayo, entramos en el Unyoro, dos días ántes del ejército de los Bagandas. Cuando estos hubieron traspuesto la frontera, los pueblos fueron abandonados

y toda la población de mujeres y niños corrió á refugiarse en las inmensas cavernas que posee este país de montes graníticos. Kikakulé, después de largas vacilaciones, escuchó nuestros consejos, consintió en todo lo que pedía el jefe del ejército, aceptó á Cipriano Mwekula por jefe gerárquico y mandó al fuerte inglés la seguridad de su sumisión. Los Banyoros nos miraron como autores de la paz y nos atribuyeron la conservación de sus sembrados y poblaciones salvados de una destrucción cierta. Sobre todo, lo que temían, era el robo de sus mujeres, que en estos países, es el más rico botín de guerra y el más codiciado. Ió obtuve primero de los jefes principales, todos ellos neófitos, la promesa formal de que no descuidarían nada para impedir que sus hombres se apoderasen de las mujeres y niños. Cumplieron con su palabra.



Sin embargo, los paganos que vinieron detrás del ejército como los buitres, esperando el botín, se llevaron á cuatro mujeres y las ocultaron. Los Banyoros advirtieron al P. Houssin, el cual lo participó al jefe del ejército. Al instante se encontraron á las mujeres, y fueron devueltas. Este paso contribuyó mucho á atraernos el afecto de los indígenas.

Los protestantes, aún con el concurso de los oficiales ingleses y de sus Nubios, no pudieron sinó estragar las provincias que les habían cabido en suerte llevándose á las mujeres y niños. Un solo jefe muganda logró establecerse en el distrito que le correspondía. El éxito del ejército católico volvió celosos á los protestantes que

no pudieron menos de comparar su conducta y procedimientos con los de Cipriano y sus gentes. Procuraron consolarse con su botín y el vergonzoso rebaño humano que se llevaban con ellos.

La sumisión de Kikukulé obtenida sin resistencia, hizo que nuestros católicos se volvieran á sus hogares. Nosotros nos pusimos á construir nuestra residencia sobre una colina situada á media legua de la capital del jefe munyoro. De allí se distinguen perfectamente las chozas de su pueblo. Kikukulé nos ha concedido un terreno bastante grande que comprende cuatro hermosos platanares y encierra tres manantiales de agua límpida.

Durante el mes de Mayo nos fué abierto el Unyoro. Gracias á una protección visible de la Santísima Virgen; lo que hubiera debido ser un obstáculo insuperable á la formación de una Misión en aquel país, lo había facilitado singularmente. Además, durante este mismo mes, nos vinieron los primeros catecúmenos indígenas. En un pensamiento de agradecimiento que ya comprendereis, hemos puesto nuestra Misión bajo la advocación de la Reina del Cielo. Esta estación se llama Nuestra Señora de la Guardia, en lengua Kiganda « Bukumi-la-guardia ». A la Virgen María que nos ha dado este país, le toca guardarlo. Que lo guarde, en particular contra la heregía que ha hecho ya esfuerzos para entrar allí.

Como el protestantismo no ha podido edificar, trata de destruir. En efecto, hacer apenas quince días, vino un jefe protestante por la noche á casa de Kikukulé para hacerle miedo y excitarlo á que fuera á casa de los protestantes á orar. No podíamos (según decía aquel jefe) sino perder el país, siendo los enemigos de los oficiales ingleses.

Con estas mismas calumnias nos han hecho perder yá la amistad del rey de Toru y nos han cerrado su reino.



Desde nuestra llegada, aunque muy ocupados en la construcción de nuestras chozas, nos pusimos á enseñar el catecismo á los indígenas. Como ocurre generalmente, la palabra de Dios era escuchada, primero con curiosidad, pero sin hacer profunda impresión. No fué sino el día de Pentecostes, 13 de Mayo, que los corazones parecieron conmovidos verdaderamente por la gracia. Quince jóvenes, en efecto, solicitaron formalmente orar. Un mes después, había distribuido cien medallas á los que me habían recitado el *Pater*, el *Ave*, el *Gloria* y el *Credo*. En Agosto, quince pajes de Kikukulé sabían todos rezar.

Creí que sería bueno enviar á uno de los catequistas á inaugurar en la residencia del jefe el uso de la oración en común por la mañana y por la noche, al son del tambor. El catequista advirtió por la noche á todos los catecúmenos que el día siguiente, el redoble del tambor les despertaría y en seguida se habrían de reunir para rezar. Al rayar el día, el tambor redobla y un centenar de jóvenes se precipitan al lugar designado. El viejo Kikukulé, despertado con sobresalto por el tambor y el tumulto de la gente que acude, se arroja á su fusil y grita ¡ á las armas! »

« ¡Qué! ¿será que los Bagandas me hacen traición? exclamaba.

Se acordaba del ataque imprevisto de que había sido

víctima por parte de un oficial inglés que, sorprendiéndolo durante el sueño, le había incendiado la capital un día, ántes de darle tiempo para reunir á sus guerreros. Pero, cuando oyó la oración lo comprendió todo y se volvió á su estera, refunfuñando contra los autores involuntarios de aquel susto.

No les guardó rencor por eso, y según su promesa, deja á todos la libertad de orar. El prefiere sus brujerías. A todas mis instancias contesta que es demasiado viejo; sin embargo, no es fanático. Muy á menudo, viene temprano á Bukumi, se sienta en una piedra y escucha como los otros la explicación del catecismo.

Los amuletos han perdido su prestigio en los pueblos del contorno y muchos los cambian por la medalla milagrosa, que ya empieza á llevarse por todas partes. Desgraciadamente, nuestra pobreza extrema, lo mismo en medallas que en lo demás, no nos permite responder á los pedidos de nuestros queridos Banyoros. El primer mes, di esta señal distintiva á todo Munyoro que sabía el *Pater*, el *Ave*, el *Gloria* y el *Credo*. Después ya no la he dado más que á los que saben todas las oraciones de la mañana y de la noche. ¡Ah! ¡Cuánto siento no tener alunos millares de esas queridas medallas!

Brujos y Brujas. — Un valeroso catecúmeno.

Carácter de los Banyoros.

¡Misioneros, Misioneros!

Por un hecho algo brutal y que felizmente no ha tenido ninguna consecuencia enfadosa, los brujos y las brujas, han visto disminuir su autoridad horripilante en el país, y para muchos, ha desaparecido absoluta-

mente. Todos los Banyoros tienen la creencia supersticiosa de que si se atrevieran á insultar ó pegar á un brujo, perecerían indudablemente á la noche siguiente. Pués, últimamente en plena capital de Kikukulé, una bruja, tuvo la desdichada idea de querer volver al poder del diablo, con sus evocaciones infernales, á un grupo de jóvenes que estaban ocupados en aprender les oraciones. Primero la despidieron cortemente, volvió á la carga con horribles imprecaciones contra ellos. Un joven de unos veinticinco años se levantó entonces, y delante de un centenar de paganos y unos treinta catecúmenos, pronunció estas palabras:

« El Padre ha dicho que nuestras divinidades son demonios y se queman en el fuego, y no tienen ningún poder contra los que, como yo creen en Dios y dicen sus oraciones. Pués bien, miradme todos: yo seré un exemplo. Si el Padre dice la verdad, viviré: si miente, moriré esta noche. »

A estas palabras con gran estupefacción de todos, aplicó un lofetón á la bruja, que se fué á rodar á dos pasos echando espumarajos; inútil es decir que el joven estaba vivo todavía el dia siguiente. Es uno de nuestros más fervientes discípulos.

Hoy, 15 de Julio, después de dos meses de misión tengo ya 35 catecúmenos que han llegado á la mitad del catecismo. Dentro de un mes lo sabrán todo entero, y tendremos que emplear su ardor con lecciones de lectura y escritura, esperando que hayan acabado el tiempo de prueba que como es uso, debemos imponerles durante 4 años ántes de admitirlos al bautismo.



Los Banyoros son en general, de un carácter dulce pero ante los extranjeros se muestran muy desconfiados y reservados. De todos los jefes, que han venido á vernos, ninguno nos ha parecido simpático al principio. A la segunda ó tercera visita, el hielo se ha derretido y la lengua se ha soltado. Entonces hemos podido comprobar que son muy alegres, habladores infatigables estos Bagandas. Al ver como cuidan á sus enfermos, parecen muy compasivos. Nuestro hospital cuenta ya cuarenta chozas y unos cien enfermos, estropeados en su mayor parte por las llagas de la funza. El Padre Aoussín los cuida con una paciencia maternal, esta caridad tan nueva para ellos, excita su admiración y dispone su corazón á escuchar nuestras palabras.

Los Banyoros son muy bravos, además de tener el carácter bueno.

No tienen la costumbre cruel de mutilar á los suyos, como hacían ántes los Bagandas paganos que les sacaban uno ó dos ojos, ó les cortaban las orejas, la nariz, los labios, las manos, y hasta todos estos miembros juntos. Pero en cambio tienen la costumbre de arrancarse los dos colmillos y las cuatro incisivas de la mandíbula inferior. Hombres y mujeres llegando á la edad de once ó doce años, estan obligados á hacer según la moda, este doloroso sacrificio que es seguido de un gran festin y de cuatro días de regocijo para toda la familia. Pero esta moda ha desaparecido en torno nuestro. Los catecúmenos se librarán de ella con alegría. ¡Cuántas veces hemos oido á muchachos de diez

à doce años bromear cruelmente de sus mayores! Estos días, un jefe de cuatro pueblos ha venido á pedirnos formalmente un remedio para hacer crecer sus dientes.



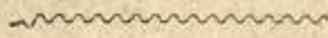
Nuestro ministerio no está reservado exclusivamente á los Banyoros. Los Bagandas de la provincia de Buwékéla, demasiado alejados para ir á Villa-Maria, forman un extenso distrito, á su servicio. Los néofitos son unos trescientos. He inscrito ya, más de cuatro cientos catecúmenos que poséen todo el catecismo y esperan el bautismo; pero no he podido todavía asegurarme del número, siquiera aproximado de los otros catecúmenos.



Por este rápido relato, se puede juzgar cuán madura está la cosecha en el Unyoro. Pero, ¿Qué pueden dos pobres misioneros para la evangelización de un país tan vasto? Nuestra voz no es oída sinó en los alrededores de nuestra estación, y no podemos nada para iluminar las almas más alejadas y sobre todo no podemos impedir la acción maleante de la heregía, que, fuerte de sus riquezas temporales y de su política, se prevale por todas partes de su posición para imponerse y hacerse aceptar. ¡Ay! ¡Misioneros, misioneros! ¡Qué nos manden misioneros!



Nuestros Delegados en México



Cada año nos imponemos el deber de dar á nuestros bienhechores la relación de los trabajos de nuestros delegados en México; es para nosotros una deuda de agradecimiento. Somos dichosos dándoles las gracias otra vez por el celo y abnegación que han desplegado para nuestra Obra.

CARTA DE MONSEÑOR TERRIEN

A los Señores Presidentes y á los Señores Directores de los Consejos centrales de la Obra de la Propagación de la Fé.

Laborioso ha sido el quinto año de vuestros Delegados en México, pero en cambio, Dios lo ha bendecido de una manera especial. Hemos alcanzado en 1894 una cantidad de limosnas, que hasta aquí no habíamos podido realizar ; Qué inefable consuelo es para nosotros, el tener hoy que ofreceros este abundante manojó de espigas que alimentarán á tantos hambrientos que todos los años recurren á vuestra caridad, esperando solo que la Obra de la cual sois los dispensadores les proporcionará lo necesario para proseguir su santa empresa.

Las fatigas físicas, las penas morales, las pruebas de toda clase, no nos han faltado, pero el Divino Maestro cuya bondad es infinita ha venido á menudo á aligerar nuestra carga y se ha dignado coronar nuestra misión con un éxito inesperado! Ah! es que Dios quiere que

su Obra se haga, y si permite la lucha, es para hacernos adquirir más méritos.



Hemos conquistado este año para nuestra querida Obra de la Propagación de la Fé, siete nuevas diócesis que figurarán por primera vez en sus Anales ocupando un rango distinguido al lado de sus mayores de Europa. Sin dejar de rezar en estas Diócesis, no hemos descuidado el conservar y aumentar el presupuesto de ingresos de la Obra en las otras, donde es ya conocida y amada. Nos es grato anunciaros que hoy, después de cinco años de rudo trabajo y viages apostólicos, en casi toda la gran República mexicana, tres veces más extensa que Francia, han oído la voz de vuestros Delegados y han respondido á su llamamiento.

De las veintisiete Diócesis de México, hay solo cinco que no figurarán en los Anales de la Obra, porque el tiempo y circunstancias diferentes no nos permitieron visitarlas, pero las otras veintidós, ván á tomar parte este año, en la gloriosa empresa del Apostolado.

Linares ó Monterrey, Saltillo, Zacatecas, Durango, Oaxaca, Colima y Cepic han recibido por primera vez, la visita de vuestros delegados; los cinco puntos primeros los he recorrido yó, y los otros dos, mi compañero el R. P. Devoucoux. En todas estas ciudades, residencias episcopales y en otras varias localidades importantes, hemos dejado organizada nuestra asociación con su comité respectivo, reconocido por la autoridad eclesiástica, compuesto de damas distinguidísimas y celosísimas, presididas por un sarcedote inteligente y activo,

nombrado director diocesano de la Obra. Estamos contentísimos de la elección de estas personas y las limosnas procedentes de las decenas formadas por nosotros, prueban que los distintos comités, funcionan con tanta habilidad como afán.

No nos limitamos solamente al trabajo de simples asociados de las decenas, que daría un resultado relativamente poco importante, sino que por todas partes, donde vamos, tratamos de obtener con visitas á domicilio de las personas más acomodadas, ofrendas extraordinarias y anuales, por esto debo notar que bajo este concepto, nuestro éxito á superado á nuestras esperanzas, sobre todo en Zacatecas y en Durango. Con efecto, diez y seis personas en la primera diócesis y doce en la segunda, se han dignado inscribirse generosamente por la suma solicitada para sostener á un misionero perpetuamente entre los infieles. En Zacatecas, propuse á una familia compuesta de ocho personas, el adoptar perpetuamente á un misionero y fuí testigo de un hecho heroico. Mi proposición fué aceptada con entusiasmo, pero á este movimiento generoso sucedió un momento de silencio; todos parecían reflexionar sin duda bajo la influencia divina de la gracia, pues de repente la generosidad hizo explosión digna de envidia, y cada uno, siguiendo los impulsos de su corazón exclamó: « Padre mio, yo quiero para mí solo un misionero perpetuo. »

En lugar de una suscripción, obtuve ocho, y eso, en esta sola familia.

Los ángeles desde el cielo habrán contemplado con admiración tan conmovedor espectáculo. En cuanto á mí, sin saber como expresar mi gratitud balbucí las palabras del Gran apóstol: « Vuestros nombres están inscritos ya en el libro de vida. »



De todos modos, tengo que haceros advertir que no he recogido inmediatamente las ofrendas que me han prometido : en general, todos mis bienhechores tienen la mejor voluntad de ayudar á la Obra de la Propagación de la Fé, pero no pudiendo dar de golpe una suma considerable, me la dán por partes. Por esta razón, las Diócesis visitadas durante los años anteriores, llegan á reunir todos los años una cantidad razonable, porque en México, más que en otras partes, en vista de la inconstancia humana, la Obra de las decenas no dá casi ningún resultado y se apagará enteramente cuando dejemos el país.

No son únicamente las personas aficionadas á las obras pías las que han respondido á nuestro llamamiento, sinó los hombres de negocios y los comerciantes; estos tampoco han sido insensibles á nuestros ruegos. Estoy tantó más emocionado, cuanto que Monterrey, Saltillo, Zacatecas y Durango, acababan de pasar por una crisis terrible de cinco años de sequía, que había ocasionado una espantosa miseria entre el pobre pueblo. Pero por fin Dios les ha traído abundantes lluvias, quizás en premio de su caridad.



Después de más de seis meses de separación, á fin de Octubre, nos encontramos en México, mi compañero y yó. Los días que pasamos juntos, el Padre Devoucoux se apresuró á darme cuenta de sus trabajos en las Dió-

cesis de Colima y de Tepic, en la vertiente del Pacífico, donde, también por primera vez ha hecho conocer y amar nuestra Obra. Monseñor Atenógenes Silva, Obispo de Colima y Monseñor Ignacio Diaz, Obispo de Tepic le recibieron muy cordialmente, dándole amplia licencia para trabajar en su diócesis, y le entregaron una carta particular de recomendación. Por todas partes nuestra Asociación ha sido fundada y organizada. Los sacerdotes le han ofrecido fraternal hospitalidad y han cooperado cuanto han podido en los trabajos de instalación de la Obra.



Además de estas nuevas fundaciones en las siete Diócesis de que acabo de hablar (en las que hemos invertido seis meses del año), el tiempo sobrante se ha dedicado á conservar y aumentar los ingresos de la Obra, allí donde anteriormente habíamos tenido ocasión de organizarla y darla á conocer. Asi es que el R. P. Devoucoux y yó, hemos recorrido de nuevo y separados, las principales ciudades de las diócesis de Puebla y Veracruz, encontrando por todas partes la misma buena voluntad y el mismo amor por las Misiones.



En fin, tres diócesis que aún no hemos visitado serán inscritas en el catálogo de los Anales : Mérida, Tchuantepec y Sinaloa, pero cada una, suma de poca importancia. Es sensible que nos haya faltado el tiempo para ir hasta Yucatán. El Señor Obispo estaba muy bien dis-

puesto en favor de la Obra que ama desde su infancia y nos habría acogido con mucha benevolencia.

Para concluir este relato de nuestros trabajos del año 1894, os diré una palabra de los resultados obtenidos en México. Este año, como los años anteriores, México ocupará el lugar principal. Allí tengo numerosos é insig- nes bienhechores y desde mi llegada, más de 50 famí- lias se imponen el deber de entregarme una importante ofrenda destinada al sostén de un misionero. No os cito ningún nombre, porque tendría que nombrar á todas las principales familias.



Termino participándoos una reflexión que se me ha ocurrido después de doce años que recorro las Repú- blicas de la América latina. Aún hoy día, uno se figura que el dinero se halla en el Nuevo Mundo con tanta abundancia, que basta tender la mano para obtenerse lo que se desea y por esta razón muchas personas tienen la candidez de creer que estas limosnas reco- gidas nos han costado poco trabajo y fatiga... No quiero quitar á los ricos países de la América española su gene- rosidad y desinterés, al contrario, siempre he celebrado con alegría su caridad, porque nunca se dirige uno en vano al corazón de sus habitantes, pero hoy, en Amé- rica como en Europa, para medrar hay que trabajar, hay que moverse, hay que ser hombre de acción. Si al llegar á México con mis numerosas cartas de recomen- dación de todos los principales personajes de la Iglesia, con mi carácter de Delegado oficial de los Concejos centrales, yó me hubiese contentado con dar á conocer la Obra de la Propagación de la Fé y el objeto de mi

misión por medio de artículos en los diarios católicos y predicaciones y conferencias y me hubiese quedado luego tranquilo en casa esperando las limosnas de los fieles, ne había hecho nada y el resultado habría sido enteramente nulo. Pero vuestros delegados han comprendido la misión que se les había confiado y para llevarla á buen fin, han emprendido largos, penosos y peligrosos viages; no han cesado de predicar, privándose de todo para llegar á su objeto; no se han dejado abatir nunca por las pruebas y las contradicciones. El Divino Maestro ha bendecido su buena voluntad, sus trabajos y sacrificios: á El solo toda alabanza y toda gloria, para hoy, y para siempre¹.

¹ He aquí los nombres de los Directores de los Comités en las Diócesis que hemos visitado este año y que he omitido en mi última relación :

1º Archidiócesis de Monterrey ó Linares : el Señor Cura D. Alfredo Davalos; el Arzobispo actual es D. Jacinto Lopez;

2º Diócesis del Saltillo : el Señor Cura D. Hermenegildo Figueroa; el Obispo actual es D. Santiago Garza Zambrano;

3º Diócesis de Zacatecas : el Señor Cura D. Juan I. Ricardo, el Obispo actual es D. Buenaventura Portillo;

4º Archidiócesis de Durango : el Señor Cura D. José M. Landa; *sede vacante*;

5º Archidiócesis de Oaxaca : el Señor Cura D. Mariano Palacios; el Arzobispo es D. Eulogio Gillow ;

6º Diócesis de Colima : el Señor Cura D. Mariano T. Ahumada; el Obispo es D. Atenógenes Silva;

7º Diócesis de Tepic el Señor Cura D. Luis Quintero; el Obispo es D. Ignacio Diaz.



Estátua del R. P. DAMIAN, en Louvain
(Véase las Nuevas Misiones)



Cronica de la Obra

Las fiestas de la Obra

Como siempre la fiesta del Santo de la Obra, se ha celebrado con la mayor solemnidad por los dos Concejos de Lion y de Paris. En Paris, la ceremonia ha tenido lugar, según costumbre, en el Seminario de las Misiones extranjeras, y la misa pontifical ha sido cantada por S. S. Ilma. Mons. Crouzet, vicario apostólico de Abisinia. Asistía á ella todo el Consejo.

En Li6n, por la mañana, Monseñor el Arzobispo ha dicho la Santa Misa en presencia del Consejo. Por la noche, el Padre Didon prestaba á nuestra obra el concurso de un talento que Li6n habia saludado yá en sus primeros éxitos, hace veinte años. Al ver á tanto gentío entre el cual habia magistrados, oficiales, la flor de la sociedad, nos creíamos estar en tiempos del Padre Lacordaire, cuando predicaba en Cuaresma en la antigua Primacial.

El poder de expansión de la Iglesia cat6lica, tal fué el asunto de un discurso, en el cual el orador ha averiguado el principio; la ley; y fijado el objeto de esta maravillosa difusi6n.

No trataremos de desflorar tan bello trabajo con un análisis seco é incompleto del cual el R. P. Didon nos ha dado el texto completo. Lo hemos publicado y lo ofrecemos á los que estuvieron presentes en esta gran solemnidad y quieren renovar sus recuerdos, y á los que, menos afortunados no han podido oír tan elocuente palabra.

Para procurarse el discurso del R. P. Didon, dirigirse al despacho de la Obra, 12, calle Sala, Lyon, ó calle Cassette, n^o 20, Paris, ó bien al despacho de las *Misiones Cat6licas*, 14 calle de la Charité, Lion.

Comprado en los despachos 0,50, por el correo 0,60.



Añadiremos para reasumir que según nosotros, el dar una gran solemnidad á nuestras fiestas, es el mejor medio de promover una institución cuyo campo de acción es vasto como el mundo. Reunir en efecto á los fieles y también á todos los amigos del progreso y de la civilización, hablarles de los trabajos, de las pruebas, de las conquistas de nuestros heroicos misioneros; poner en frente del objeto que se persigue, la inferioridad de nuestros recursos, es agrandar el circulo donde se mueve esta Obra verdaderamente providencial; es multiplicar el número, demasiado restringido de nuestros bienhechores y el llamamiento será tanto más escuchado, cuanto que lo hará una voz más poderosa, que goza en el púlpito cristiano de mayor autoridad.

El libro de M. Louvet

Las Misiones católicas en el siglo XIX

Los lectores de las *Misiones Católicas* se acordarán de los artículos notabilísimos de M. Louvet, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Paris.

Estos artículos, que parecieron en parte en el Boletín ilustrado de la Obra, se han reunido en un magnífico volumen por la Casa Desclée de Lila.

Las Misiones Católicas en el siglo XIX, tal es el título de la obra. Además de la carta de Monseñor el Arzobispo de Lión, de los Cardenales de Tolosa, de Paris y de Rodez, de SS. SS. el Arzobispo de Aix y el Obispo de Autun, este gran trabajo ha sido honrado por un breve, dirigido al director de las *Misiones Católicas*, que traducimos á continuación.

A NUESTRO QUERIDO HIJO

El Director de las MISIONES CATÓLICAS

Querido Hijo, salud y bendición apostólica.

La noticia de la publicación de una *Historia de las Misiones católicas en el siglo XIX*, obra concienzuda y distinguida de un misionero eminente del seminario de las Misiones Extranjeras de Paris, Nos ha causado una grande alegría. Es en efecto, una obra cuya difusión será en extremo útil. Tiene por objeto el desarrollar las Misiones apostólicas, recordando las grandes acciones de los apóstoles, sus labores, su vigilancia; cierto, nada hay más capaz de inspirar el deseo de imitarlos. Pero sobre todo exalta esta Sede apostólica que, según el mandato del Cristo Redentor, no ha cesado de enseñar á todas las naciones, invitando á entrar é introduciendo en el redil de Cristo á las ovejas que todavía no han formado parte de él. Por eso colmamos de elogios merecidos á la Obra que en Francia presta á las Misiones católicas un concurso tan precioso y por cuyos cuidados ha sido publicado dicho libro.

A vos, querido Hijo y á todos vuestros celosos colaboradores, y particularmente al autor de este libro, os concedemos muy afectuosamente, en prenda de Nuestra benevolencia paternal, Nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 3 de Diciembre del año 1894 de Nuestro Pontificado el decimoséptimo.

LEON XIII PAPA

Haremos notar que el Padre Santo, con una atención delicada, en pró de la Obra de la Propagación de la Fé, se ha dignado firmar el Breve con su propia mano.

Este magnífico volúmen in-folio de más de seiscientas páginas, que cuenta más de doscientas láminas, es para los amigos del apostolado y para los asociados á la Obra de la Propagación de la Fé, como un monumento elevado á la gloria del siglo XIX, que, á pesar de muchísimas faltas, ha producido sin embargo una expansión magnífica de la verdad á través del mundo.

Es pues una lectura fortalecedora bajo todos conceptos, que el autor M. Louvet, ofrece á nuestros amigos. Esperamos que contestarán á nuestro llamamiento. No hay que decir que la obra se vende á beneficio de las Misiones.

Precio : en rústica 15 francos porte y embalage 2 francos más : Encuadernado 25 francos, remitido á gran velocidad, con portes á pagar, variable según la distancia.

Se han tirado en papel extra 100 ejemplares numerados con la prensa : comprados en nuestro Despacho : 30 francos.

Dirigirse á las *Misiones Católicas*, 14, calle de la Charité, Lión.

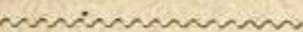


Con este motivo, recordamos á nuestros lectores que si lo piden, se les mandará un número de *muestra* del boletín *las Misiones Católicas*.





Noticias de las Misiones



EUROPA

LOS PATRIARCAS ORIENTALES EN ROMA

Nuestros lectores saben que después de su advenimiento á la Sede pontifical, el Papa León XIII ha demostrado siempre una predilección particular á las Iglesias de Oriente y ha buscado los medios de atraer á la unidad católica á los millones de cristianos que pertenecen á estos ritos venerables, pero separados de la comunión romana. La admirable Encíclica inserta al frente de este número de los *Analcs*, es de ello, una nueva prueba.

Al fin del año pasado, el Padre Santo convocaba en Roma, á los augustos jefes de cada una de las Iglesias unidas, y en una serie de conferencias tenidas en la Propaganda, los venerables patriarcas fueron imitados á iluminar con las luces de su experiencia y sabiduría el estudio del proyecto de unión, cuya gloriosa realización persiguc Su Santidad. Una de las más nobles figuras del sinodo patriarcal ha sido Su Beatitud Mons. Gregorio Youssef, que gobierna hace treinta años la Iglesia Griega melchita. Nació en Alexandria (Egipto) el 17 de Octubre de 1823: hizo sus estudios en Roma, en el colegio pontifical Griego; apenas tenía treinta años fué nombrado obispo de Ptolemais y el 28 de Marzo de 1865, fué promovido patriarca de Antioquía. En la página 82, damos el retrato de Mons. Youssef.

CONSAGRACIÓN DE MONS. HANLON

Hemos dicho más arriba, página 122, la división de la Misión del Victoria-Nyanza en tres vicariatos apostólicos. En la página 121, damos el retrato del obispo de uno de estos dos nuevos vicariatos.

Mons. Enrique Hanlon, obispo titular de Tejo y vicario apostólico del Alto Nilo, ha recibido la consagración episcopal de manos de S. Em. el Cardenal Vicente Vannutelli, en Roma, en la iglesia de San Silvestre *in capite*, servida por los Padres Pallotinos ingleses. Este prelado pertenece al seminario inglés de las Misiones Extranjeras de Mill-Hill, cerca de Londres.

HOMENAGE Á UN MISIONERO

Todos nuestros lectores recuerdan al R. P. Damian, que murió hace algunos años, víctima de su abnegación, entre los leprosos de la isla de Molokai.

La villa belga de Lovaina, acaba de levantarle una estatua (véase el grabado p. 141).

La ceremonia, honrada por la presencia del cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, y por el primer ministro belga M. de Burlet, ha sido magnífica. La colegiata de San Pedro había sido magníficamente decorada para la circunstancia, con banderas y gallardetes. De cada lado del altar mayor, se levantaban las cuarenta banderas de las Sociedades católicas de Lovaina. La misa ha sido celebrada por el P. Pámfilo, religioso de la Congregación de los Sagrados Corazones.

Después de la misa, una magnífica comitiva con bandera y música, se ha dirigido al parque de San Donato donde se ha erigido el monumento del P. Damien. El Señor Senador Descamps-David, presidente del comité organizador, tomó el primero la palabra para celebrar la caridad del P. Damian. A su vez, el presidente del Consejo de ministros se ha levantado, en medio de los aplausos unánimes, para exaltar en nombre del gobierno, en un magnífico lenguaje, el heroísmo del modesto apóstol de leprosos y para dar gracias á Inglaterra por haberse asociado á la fiesta con la presencia de su representante en Bélgica. « No os admireis (ha dicho el primer ministro) de la parte que tomamos en estas fiestas : el gobierno está orgulloso de nuestras glorias nacionales y ¿ qué gloria es más serena y elevada que la del mártir de Molokai ? »

« Al final, Mons. Goossens, ha dado las gracias al gobierno y á todos los concurrentes : « Estas gracias (dijo Su Eminencia), las pronuncio, no en mi nombre, sinó en nombre de Jesucristo, el Sacerdote eterno, que por su sacrificio en el Calvario, es después de diez y ocho siglos, el inspirador y modelo de todas las abnegaciones; en nombre de la Iglesia católica, madre fecunda de la santidad de sus hijos, feliz y orgullosa de sus triunfos; en nombre de la familia religiosa que ha recibido en su regazo al que se llamó en el mundo José de Veuster, y lo preparó en el silencio y la oración á la sublimidad de su apostolado; también las doy en nombre del clero de toda la archidiócesis que goza atribuyéndose una parte de

glorias de esta jornada pues el P. Damian ha salido de sus filas. »

LOS CATEQUISTAS MISIONEROS

La Obra de Maria Inmaculada, nació de la compasión de las mujeres cristianas, por el abandono en que se halla la mayoría de las mujeres tan miserablemente envilecidas, en los países infieles, por la imposibilidad casi general, en que están los misioneros, de extender sobre ellas la influencia saludable de su apostolado.

Los prejuicios, la desconfianza, los celos y los usos inveterados, retienen á la mujer lo más á menudo, encerrada y en la imposibilidad de hablar á un hombre, si no es en presencia de su marido. « Esta imposibilidad del misionero, en presencia de todas las pobres almas que quisiera salvar á toda costa (escribe desde China el R. P. Dejean) es un martirio que no esperaba, más doloroso que aquel á que aspira. »

Conmovidos de este triste estado de la mujer pagana, unas cristianas generosas, han tenido el pensamiento de colocar bajo la poderosa advocación de Maria Inmaculada, una obra de oraciones y sacrificios dedicada á obtener la salvación de esos *cuatrocientos millones* y más, de pobres mujeres. Los primeros miembros de la asociación se reunieron con este objeto en París, el 4 de Junio de 1880, día del Sagrado Corazón de Jesús y la Obra de María Inmaculada quedaba fundada.

Unida poco tiempo después á una obra análoga, fundada para Oriente por las religiosas de la Madre de Dios. El Concejo presentó al Soberano Pontífice una súplica, á fin de obtener la bendición apostólica, para la obra naciente y abrir en favor suyo, el tesoro de las indulgencias, lo cual fué concedido por un rescripto del 17 de Junio de 1882.

El primer resultado de tantas súplicas fué el inspirar á cierto número de mujeres cristianas la heroica resolución de volar en socorro de sus hermanas paganas é ir allá donde el misionero no puede penetrar, catequizarlas bajo su dirección, y conducir las poco á poco á la verdadera fé, al amor de Jesus y de María.

« Los sacercotes, las almas piadosas que desean consagrarse á esta obra del apostolado, ó aquellas más numerosas que no pueden ir á misiones y deseen hacerse reemplazar proporcionando el óbolo necesario al sostén de una misionera, hallarán en el domicilio de la

obra, en París, 48, rue de Bourgogne, ó en el noviciado, en Lión 7, avenue de l'Archevêché, todos los informes necesarios. »

ASIA

UN MISIONERO DE CHINA, CURA DE UN BUQUE ALMIRANTE FRANCÉS

Un misionero franciscano del Chan-tong oriental escribe de Tche-Fou :

« Ultimamente, he tenido el consuelo de decir misa en el buque almirante francés, para la tripulación del Bayard. Desde las ocho, y media, una lancha de vapor con los colores franceses desplegados, vino á buscarme. El almirante y su estado mayor nos esperaban. En seguida me condujeron al cuarto del cura, para que me preparase á decir misa.

« Es inútil decir lo conmovido que yó estaba. Después de cuatro años y medio, me encontraba en cierta manera, en tierra de Francia; la bandera nacional flotaba; los oficiales franceses asistian á la misa, eso acelera los latidos del corazón. El momento más hermoso fué la elevación : los soldados rodilla en tierra, el tambor redoblaba como en las procesiones y las trompetas tocaban ese toque inolvidable; era magnífico. Acabé la misa en un arrobamiento inexplicable. Todo contribuía á ello y no olvidaré jamás el espectáculo grandioso que se ofreció á mis ojos. El sacrificio de paz en medio de aquel aparato guerrero; el beso de un Dios de amor, perdonando nuestras faltas; ofreciéndose bajo las velas eucarísticas, entre aquellos bronce y cañones temibles, dispuestos á castigar los agravios á la nación, la antítesis era muy fuerte para no herirme los sentidos. Todo tiene fin y pronto desapareció todo lo que acababa de ver, á no ser los méritos y bendiciones celestiales derramadas por el Santo Sacrificio.

« El almirante pasó revista á los marineros delante de nosotros, como se hace los domingos. Aquel día proclamaban la promoción á los grados; setenta y dos fueron promovidos. Se alinearon por orden y la tripulación desfiló ante ellos; el almirante les felicitó sencillamente diciéndoles : « Os felicito hijos míos; me alegro de veros contentos y espero que seguireis por este camino que os

pondrá en situación de defender la gloriosa bandera de la pátria. »

« El desfile terminó, el mismo almirante nos enseñó el manejo de los cañones y torpedos. En fin, anunciaron la comida; todos los oficiales de guardia presentes en la misa, fueron invitados también. El almirante fué muy bueno. Nos pidieron noticias de China y nos apresuramos á dar las que nuestra experiencia del país nos permitía dar. »

CONSAGRACIÓN DE MONS. SCHANG

El R. P. Pacífico de Aincreville, de los Menores Observantes, escribe de Chefou, á Mons. Esteban María Potron, obispo titular de Jericó.

« La consagración de Mons. Cesario Schang acaba de tener lugar con gran pompa. El nuevo prelado es originario de la diócesis de Metz. Recibió el título de obispo titular de Vaga y se encargó del gobierno de Chang-tong oriental. Este nuevo vicariato situado al extremo noreste de China, consta de tres prefecturas que dependen del Tao-tai (gobernador) residente en Chefou.

« La ceremonia ha tenido lugar el día de la fiesta del fundador de nuestra orden. Hacía dos semanas que había llegado al puerto de Chefu el almirante Dupuis al mando de la división naval del Extreme-Oriente. Con mucho agrado puso á nuestra disposición á su tripulación, su música militar y sus pavellones, y gracias á su concurso, nuestra iglesia y residencia tomaron un aire de fiesta poco común. Veíase flotar la bandera pontifical y la francesa en sitio distinguido. Mons. Schang es el primer obispo franciscano en China desde la revolución francesa.

PROGRESOS DE LA FÉ EN EL SU-TCHUEN

M. Juan Pontianne, de las Misiones Extranjeras de Paris, procurador del Su-tchuen occidental, escribe de Tchen-tou.

« La China y el Japón están en guerra. ¿Qué resultara de ello á este pobre imperio? No me atrevo á esperar gran cosa, pués en China es fácil el recoger hombres (no digo soldados); pero cuando hay que licenciarlos, entonces estallan las terribles revoluciones.

« A pesar de todo, conservamos nuestras posiciones, aunque avanzando poquito á poco. Todos los años vemos crecer nuestras filas.

« Este año hemos empezado una edificación notable en el mismo Tchen-tou. Nuestra antigua residencia era demasiado estrecha y á más, los termitas la habían destruido casi.

« Cuando la nueva residencia estará terminada, haremos en esta algunas reparaciones y procuraremos hacerla apta para una escuela normal á fin de preparar á los chinos jóvenes á sernos útiles, ya como maestros de escuela, ya como formacéuticos.

« Pero todo esto exige muchos fondos y ahora que poseo la bolsa de la Misión, no dejo de desvelarme, para hacer frente á tantos gastos. Ciertamente, no es para mí personalmente que tiendo la mano, sino para mi querida Misión. »

EL HOSPITAL DE GO-CONG

La Hermana Benita-Josefa, superiora del hospital de Go-cong, nos escribe :

« Nuestro hospital de Go-cong, fundado hace tres años, en un centro exclusivamente pagano, debe su existencia al R. P. Abonnel. Durante seis meses, este misionero recorrió los treinta y ocho pueblos que componen el distrito, para pedir el dinero necesario, para la compra de un terreno. Por fin lo ha logrado.

« Nuestras cinco primeras Hermanas tomaron posesión de estos pantanos, donde estaban construyendo una gran choza de madera. Con sus muebles tuvieron que alojarse en una cabaña donde vivía un leproso. Este desgraciado fué su primera conquista ; enviáronle al cielo quince días después. Era menester mucho trabajo para hacer habitable este terreno. Felizmente el Señor Administrador era hombre de corazón ; puso á la disposición de la superiora á los prisioneros, para trabajar y construir chozas que pronto fueron ocupadas por unos cuarenta enfermos de ambos sexos. Otras chozas fueron levantadas para servir de orfelinato á los niños abandonados ó huérfanos ; pronto fué pequeño el local. Todo esto fué organizado en un año. Era aseado y decente para empezar. Por iglesia, había una choza en ruinas, cuyos maderos estaban carcomidos. Los misioneros decían allí misa, de paso. Todos los recursos fueron invertidos en levantar un gran barracón de ladrillo, que servirá más tarde, para los enfermos, y por ahora, nos sirve de capilla y de iglesia parroquial. Una parte está dedicada á escuela y la frecuentan 90 niños de familias paganas.

« Necesito diez mil francos para rehacer una sala de sesenta metros

de largo por diez de ancho, con la mayor sencillez. La choza actual es demasiado baja; nuestras Hermanas están en ella siempre enfermas de calenturas y los enfermos se encuentran muy mal.

« Hay muchas conversiones á causa del hospital y se preparan más. El Padre encontró á su llegada, cuarenta cristianos que se hallaban perdidos entre las cien mil almas del distrito. Hoy hay doscientos, y otros tantos catecúmenos. »

AFRICA

LAS MISIONES CATÓLICAS EN MADAGASCAR

La expedición que se prepara para Madagascar ha obligado á los PP. Jesuitas á abandonar sus florecientes estaciones del interior de la isla. Quedarse, después del ultimatum significado á los Hovas por el plenipotenciario francés Le Myre de Villers, hubiera sido imprudente y además funesto á la Misión católica de Madagascar, compuesta únicamente de súbditas franceses.

Ahora que comienza la expedición francesa á Madagascar, se leerá con interés muy especial la relación de las obras de la Misión para 1894, que de Tananarive manda Mons. Cazet de la Compañía de Jesús, vicario apostólico de Madagascar.

El número de bautizos de adultos ha sido de 1197; bautizos de niños 2.888; confesiones, 128.561; comuniones, 92.097; confirmaciones, 2158; extremaunciones, 221; casamientos, 354.

El número total de católicos y adherentes es de 136.175; el de puestos y estaciones, 443; el de las iglesias, 83; de las capillas, 277. Las escuelas se ven frecuentadas por 26.739 alumnos. La Misión mantiene dos leproserias. A los jóvenes de Madagascar convertidos, los ocupa en diferentes talleres; imprenta, encuadernación, carpintería, fragua, hojalatería. En fin, los Padres, dirigen un Observatorio astronómico, metereológico y magnético, establecido en Tananarive.

He aquí el cuadro del personal :

Misioneros	51
Escolásticos (uno de ellos indígena).	4
Hermanos coadjutores.	18
Hermanos de las Escuelas cristianas	16
Hermanas de San José de Cluny.	27

LA MISIÓN DE DIEGO-SUAREZ

El canónigo M. Murat nos escribe de Diego-Suarez, el 28 de Noviembre de 1894 :

« Regresé la víspera de Todos Santos á nuestra pobre Misión de Diego-Suarez, acompañado de M. Florian Clain, jóven sacerdote del seminario del Espíritu Santo, donde hace un año yó estaba solo. Ahora somos tres sacerdotes; el abad Señor Foliquet, que en mi ausencia había administrado la Misión con gran juicio y perfecta abnegación, ha ido el 7 de Noviembre á establecerse á Anamakia para fundar allí un nuevo puesto. El Sr. Gobernador y yó, le hemos acompañado, con nuestros tres catequistas-misioneros de María Inmaculada, que desembarcaron hace tres días. La rectoría de Anamaskia aún no estaba del todo terminada. Ahora ya está en estado conveniente, pero no hay capilla, no hay escuela; muy cerca de la rectoría, en el centro del pueblo, se ha reservado un sitio para la futura iglesia.

« La colonia atraviesa desgraciadamente un paso difícil. El tesoro público está agotado y nada puede para nosotros; los negocios están paralizados por los rumores de guerra; la miseria de los colonos y de los obreros es extrema. No se ha concedido ninguna indemnización á las víctimas del ciclón. He tenido que reparar á mis costas la casa de las Hermanas cuyo tejado y galerías se había llevado la tempestad. No ha costado menos de 2.600 francos la compostura. ¡ En qué estado he encontrado mi pobre rectoría! ¿ y el miserable cobertizo que nos sirve de iglesia en Antsirana? ¡ Qué vergüenza para nosotros, ante los indígenas y los extranjeros que pasan por nuestra rada! Es pequeño, es feísimo, es inhabitable; desde las siete de la mañana, hace un calor terrible almacenado por las planchas de hierro. De Francia he traído el plan de una grande y hermosa iglesia : quisiera que al acabar la estación de las aguas se empezara á construir. Confío que á los pocos miles de francos que he recibido, seguirán los nesarios para coronar esta obra con el auxilio de la generosidad católica y francesa. Contamos con la paternal Providencia.

« Los Padres Jesuitas de la Misión de Madagascar, han tenido que abandonar el país hova. Dos de estos desterrados han venido á ayudarnos con su larga experiencia y con su celo infatigable. Entre

ellos, el P. Agustin Murat, hermano mío. Nos anuncian la venida de otros dos. ¡ Bendito sea Dios ! »

AMÉRICA

LAS MISIONES DE LA AMÉRICA BOREAL

El R. P. Le Corre, Oblato de María Inmaculada, actualmente en Francia, nos escribe de Vannes :

« He recibido recientemente de nuestras Misiones, especialmente de Mons. Grouard, noticias que me han alegrado. Todo vá bien bajo el punto de vista de la evangelización y de las esperanzas que hace concebir la conversión de los Esquimales, y nuestras empresas de barcos de vapor para nuestros transportes, están en buen camino. El *San José* ha hecho ya sus pruebas el otoño pasado en el lago Athabaska, y el constructor que he encontrado en Selkirk, cercanías de Winnipeg, ha llegado á buen puerto para empezar este invierno en los talleres, el segundo barco de hélice, que hará el trayecto de San Isidoro al Mar Glacial, por el rio Mackensie. ¡ Qué dicha, si pudieremos gracias á estos barcos, evitar los gastos excesivos de transportes que la Compañía inglesa nos imponía y comunicar más libremente con nuestras misiones y tribus!

« Se me hace largo el ver unas y otras y volver á mi vida de Misionero. Francia es hermosa y buena; pero á nuestra nueva familia de allá, también la queremos, en razón de los sacrificios que nos cuesta. »

DOS NUEVOS CABALLEROS DE LA LEGIÓN DE HONOR

A propuesta del Ministro de las colonias, Mons. Soulé arzobispo de Leontópolis, administrador de la diócesis de la Baja-Tierra (Guadalupe) y la Señora Brieve (Hermana Elisa) de la Congregación de San Pablo de Chartres, superiora de la leprosería de la Desirade (Guadalupe) han sido nombrados caballeros de la legión de honor.

OCEANÍA

UNA CATEDRAL FIDJIA

Mons. Vidal, Marista, vicario apostólico de las islas Fidji, nos escribe de Suwa :

« Por fin, se empezó formalmente nuestra catedral. Mons. Reedwood ha bendecido la colocación de la primera piedra, en el viaje que hizo á Fidji en compañía con Mons. Primes. ¡Nada menos que tres obispos en Fidji! Valía la pena de hacer una gran fiesta. Por arquitecto, tenemos un misionero de Nueva-Caledonia, que ya ha construido varias magníficas iglesias. Mons. Fraysse se ha servido cedérmelo por algún tiempo.

« Pero, ¿y el dinero para hacer la catedral? ¡Ay! esto es lo que me falta. Después de las penas de la carestía que hemos sufrido el año pasado, no tenemos medios de emprender obras de tal importancia, pero estos trabajos estuvieron suspendidos durante dos años á causa de dicha carestía; había que emprenderlos de nuevo, so pena de ver nuestro proyecto de iglesia volverse una irrisión pública.

« Así, contamos más que nunca con nuestro benévolo concurso so pena de quedarnos aún por largo tiempo, en nuestra antigua capilla de tablas, que no basta, puesto que apenas cabe el tercio de nuestros católicos. Por lo tanto, las dos terceras partes no pueden asistir convenientemente á las oficios. »

EL MINISTERIO APOSTÓLICO CERCA DE LOS PRESIDARIOS

Ya sabeis que cierta clase de criminales se hallan relegados en Nueva Caledonia. Mons. Fraysse, obispo de Abila y vicario apostólico de Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas, decía últimamente que la acción de la Santa Virgen entre los detenidos, es verdaderamente admirable. Cuando los misioneros encuentran entre los presidiarios algunas almas que muestran en sus últimos momentos, los sentimientos más sinceramente religiosos, advierten siempre, que aún en medio de sus extravíos, habían conservado alguna devoción á la Abogada compasiva de los pecadores, este, no se ha

separado jamás de sus escapularios; aquel ha conservado su medalla. La historia siguiente contada por el venerable prelado, es muy conmovedora.

« Un pobre relegado se consumía de una enfermedad del pecho. Nada, exteriormente, hacía ver en él, otros sentimientos que los de sus compañeros de la penitenciaría. Sin embargo, no se tardó en notar que cada sábado, á las tres de la tarde, iba con regularidad, á depositar un ramo en la capilla, delante del altar de la Santa Vírgen. Cuando su enfermedad le hizo admitir en el hospital, nos preguntamos si ofrecería el ramo. Pues, todos los sábados á las tres de la tarde, se encontró un ramo fresco á los piés de la Vírgen María. El enfermo había encargado al enfermero que le proporcionase aquellas flores y las depositase en su lugar. El relegado, se moría un sábado, en el instante en que el ramo se depositaba en su nombre por última vez. María recibiría en las puertas del paraíso, á aquella alma purificada por los sacramentos. »





Necrología

Al entrar en prensa hemos sabido la muerte de Su Eminencia el cardenal Desprez, arzobispo de Tolosa. No olvidaremos que el ilustre Prelado fué primero obispo de Reunión, por consiguiente pertenece á nuestra Obra y tiene derecho á las oraciones de nuestros asociados. Tampoco olvidaremos que siempre fué para nosotros un insigne bienhechor y que su dicha, era el probarnos en toda circunstancia su alta benevolencia. He aquí entre otras pruebas, la carta que nos escribió últimamente para mostrarnos que aprobaba la obra de M. Louvet.

« He recibido con vuestra carta, las primeras entregas que me anunciaba.

« Antes de responderos, he querido empezar la lectura de ese gran trabajo y me siento aguijoneado para constestáros que, con mi agradecimiento os mando mis más sinceras felicitaciones. Vais á darnos por orden cronológico y geográfico, un resumen tan instructivo como edificante de los *Anales de la Propagación de la Fé* y de las *Misiones Católicas*.

« De todo corazón, bendigo vuestros nobles esfuerzos, ellos probarán una vez más, la vitalidad siempre fecunda de nuestra Madre la santa Iglesia.

« † *Florian*, Card. DESPREZ,
« Arzobispo de Tolosa. »

Monseñor COLOMBERT

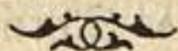
VICARIO APOSTÓLICO DE LA CONCHINCHINA OCCIDENTAL

Un despacho telegráfico nos anuncia la muerte de este valiente prelado, fallecido en Saigón, el 31 de Diciembre de 1894.

Mons. Colombert, nació el 19 de Marzo de 1838 en Santa María del Bosque, diócesis de Laval. Hizo sus primeros estudios en el liceo de Laval, que abandonó pronto, para ir al pequeño seminario

de Precigny, luego al gran seminario de Mans. De allí, fué al seminario de las Misiones Extranjeras de Paris, donde pasó dos años.

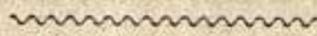
Fué ordenado sacerdote en 1863 y partió para la Cochinchina Occidental. Primero fué encargado del ministerio parroquial; no tardó en demostrar sus raras dotes de administrador, por lo cual, su vicario apostólico Mons. Miche, le llamó para desempeñar el cargo de procurador de la Misión y de secretario. En 1872, el venerable Prelado le solicitó para coadjutor, lo consagró obispo de Samosate y al morir, un año después, le dejó el gobierno de la Cochinchina Occidental. Desde 1873 Mons. Colombert era vicario apostólico con título. Su largo episcopado ha sido una gloria para la Misión. Construcción de una bella catedral y de numerosas iglesias, reconstrucción de su seminario, fundación de escuelas, de hospitales, de diferentes obras organizadas con el concurso de las Hermanas de San Pablo de Chartres y de los Hermanos de la Doctrina cristiana, Mons. Colombert no ha descuidado nada para glorificar el santo nombre de Dios; deja su Misión en un estado floreciente, pero su muerte dejará un gran vacío en el corazón de sus misioneros y de sus cristianos que tenían en él la mayor confianza.



Rogamos á los misioneros y á nuestros asociados, tengan presente en sus oraciones las almas de : M. Pradel canónigo, secretario del Obispado y canónigo honorario de Carcasona que era tesorero de la Obra de la Propagación de la Fé — y Mons. Fernandez de Sotomayor, cura de la catedral de Cartagena de las Indias, tesorero de la Obra en dicha diócesis (América del Sur) Colombia.



Salidas de Misioneros



Un gran número de misioneros de la Congregación del Santo Espíritu y del Santo Corazón de María, se han embarcado últimamente para las misiones de Africa y América.

Para la Senegambia : el 3 octubre : los PP. Cros, de Périgueux ; Patry, de Séez. El 25 octubre : los PP. Renault, de Nantes ; Ferréol, de Clermont ; Parolas, de Châlons ; Bodo, de Quimper ; Wintz, de Estrasburgo ; Padres de Quimper ; Royer, de Clermont ; el 10 noviembre : el P. Kunemann, de Estrasburgo. — Para Sierra-Leona : el 25 septiembre : los PP. Lorber, de Strasburgo ; Mertel, de Paris. — Para el Bajo Niger, el 25 octubre : el P. Ganot, de Nancy. — Para el Gabon : el 25 septiembre : los PP. Heinis, de Estrasburgo, Hée, de Séez ; Dréano, de Vannes. El 25 noviembre : el P. Reeb, de Estrasburgo. — Para el Congo francés : el 9 septiembre : los PP. Levadoux, de Clermont ; Herpe, de Vannes. El 25 octubre, el P. Koffel, de Estrasburgo. — Para Oubanghi : el 25 octubre, los PP. Goblet, de Séez ; Nio, de Vannes ; Leclercq, de Beauvais. — Para el Bajo Congo : el 6 octubre : los PP. Ferchaud, de Rennes ; Siméon, d'Albi. — Para el Cunene : el 20 septiembre : los PP. Muraton de Clermont ; Kauffmann, Kohler y Reymann, de Estrasburgo. — Para la Cimbebasia : los PP. Keiling y Goep, de Estrasburgo. — Para el Zanguebar : el 12 noviembre, los PP. José Kornemann y Schneider, de Estrasburgo ; Haberkorn, de Friburgo (Baden). — Para Nossi-Bé : el 12 noviembre : el P. Holder, de la diócesis de Estrasburgo. — Para Haïti : el 12 septiembre : los PP. Jehl y Goetz, de Estrasburgo, Rouxel, de San-Brieuc. El 25 octubre : los PP. Limbour, de Quimper ; Montel, de Clermont. — Para la Trinidad : el 10 octubre : el P. Wilhem, de Estrasburgo. El 24 octubre : los PP. Nicolas Brennan, de Ossory ; James Goodman, de Dublin (Irlanda). — Para el Para (Brésil) : el 11 octubre : los PP. Dissard, de Clermont ; Fritsch, de Estrasburgo. — Para el Perú : el 10 octubre : el P. Bertrand, de Estrasburgo.

Para los Estados-Unidos, el 8 septiembre : para el Havre : los PP. Willms, de Colonia ; Hehir, de Killaloe ; Sand, de Luxemburgo,



Olfen, de Colonia. El 11 septiembre : los PP. Nolan, de Killaloe; Kirby, de Cashel, Plunkett, de Dublin.

— En lo que vá del año 1894, trece misioneros jesuitas se han embarcado en Marsella para el Maduré, Madagascar ó Mauricio. Son los RR. PP. Boutelant, Dubreuil, Enderlin, Whitehead, Prince, Bosch, Perrain, Kortz y Carty. — Para Madagascar ó Mauricio, los PP. Neyroles, de la Chapelle y Kœnig.

— El 6 diciembre se han embarcado en Marsella el *Oungarang* para Soerabaya, isla de Java (Indias-Holandesas) los PP. Avelinov y Teodoro del instituto San-Luis, en Oudenbosch (Holanda).

— Se han embarcado en Marsella, el 25 noviembre, los misioneros de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Paris, los siguientes :

MM. José Couillaud, de Angers, para la Birmania septentrional; Anthelme Excoffon de Chambéry, para Siam; Julio Duguet, de Besançon, para el Cambodge; Leon Richard, de Rennes, para Siam; Luis Pavageau, de Luçon, para la Birmania meridional; Luis Corbel, de Vannes, para el Tonkin occidental; Juan-Bautista Blancheton, de Clermont, para la Cochinchina septentrional; Luis Aubazac, de Puy, para Kouang-Tong; Carlos Nain, de Autun, para Malacca.

— Se han embarcado en Marsella, el 9 diciembre, los misioneros de la misma Sociedad siguientes :

MM. Pablo Morin, de Autun, para Pondichery : Luis Brenguier, de Rodez, para Nagasaki; Abel Combes, de Langres, para Pondichery; Julio Cochet, de Mans, para Maysour; Juan Marin, de Lyon, para Coimbatour; Juan Faveyrial, de Clermont, para Osaka; Luis Moriniaux, de Rennes, para Thibet Sud.

Il Gerente, T. MOREL